REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII | San José, Costa Rica | **1934** | Sábado 5 de Mayo | Núm. 17

Año XV. No. 681

SUMARIO

Don Quijote en América

Por ARMANDO SOLANO

= De *Ulenspiegel*. Amberes, entrega de marzo de 1934 =

Tenemos que someter al Quijote, como a todos los símbolos largamente conservados por una retórica que hoy nos inspira desconfianza, a una destilación implacable, vigilada casi con hostilidad. Vamos a ver si le queda todavía algo substancial, algo positivo, capaz de transformarse en energía y de prestarle servicio a nuestra época, tan necesitada de valores, de verdades y de estímulos. Ese análisis, despreocupado de toda idolatría verbal y del criterio de autoridad, se hace más necesario si queremos averiguar cuál ha sido y cuál ha de ser la influencia del Quijote, como filosofía, en las naciones americanas de lengua española. Nunca nos satisfizo la opinión de quienes hablan del espíritu quijotesco en América, como si el nuevo mundo hubiera estado sin habitantes cuando el conquistador llegó, y lo que es peor, como si las condiciones de clima fueran idénticas, o su diferencia careciese de importancia. ¿En el indio las virtudes del Quijote despiertan admiración y deseo de imitarlas? ¿Habría sido éste el tipo de superación heroica en que el alma india encontrara su plenitud? En todo ello vale la pena meditar. Y tampoco es inútil ahora recordar que los españoles pasados a las Indias en los primeros tiempos de la aventura, sufrieron modificaciones radicales, que los convirtieron no sólo en extraños sino en adversarios para sus compatriotas domiciliados en la Metrópoli.

No sera imposible que halláramos algo de mentira o de artificio en el supuesto fervor de los indoamericanos por la obra de Cervantes. Y quizá no sea temerario suponer que la moral del Quijote, su enseñanza trascendental, está llamada a tener eco y resonancia más largos y duraderos, por ciertos aspectos, en América que en la misma España. Todavía más claro: si acaso en el pasado y por los motivos que se han repetido, el Quijote tuvo corto alcance en la formación de la mentalidad indoamericana, es probable que su influjo aumente a medida que nuestros países vayan ahondando en el conocimiento de su propio misterio.



El Quijote, sin diferenciarse en su destino de otras altas creaciones del ingenio, ha sido objeto de innumerables interpretaciones, comentarios y apreciaciones contradictorias. En los juicios que ha suscitado y que suscita, hay que ver más aun del pensamiento, del instinto y de la pasión de quienes los formulan, que del contenido del libro. Su eficacia poderosa está suficientemente probada por el vigor con que resiste al embate de críticas inspiradas tan diversamente. El Quijote ha sido fuente inagotada también de obras de vastas intenciones y grandiosos desarrollos. Es el Quijote un hecho histórico, un acontecimiento con el cual hay que contar; no podríamos prescindir de él como si se tratara sencillamente de una buena, de una magnífica novela. Porque lo estimamos como afirmación de una raza, tratamos de indagar cómo hubieran querido y cómo hubieran hecho su Quijote, el indio y el mestizo de América. Es aquél un tipo humano, un tipo universal, evidentemente. Pero a través del temperamento y de la genialidad de España. Si otros pueblos advierten incompatibilidades invencibles con ese carácter, en quien no dejarán de ver rasgos y actitudes dignos de alabanza y gratitud, para el ibero, don Alonso Quijano será siempre arquetipo completo, modelo inalcanzable en su cabal integridad, pero no menos atrayente y dominador. Esto no sólo en lo literario y convencional, sino en el fondo de la sinceridad colectiva. ¿Hay aquí una dilatada autosugestión? ¿Es que en las páginas del libro trasciende con fidelidad el secreto eterno del alma hispánica? Incuestionablemente los dos fenómenos se compenetran.

Pero nos preocupa especialmente el asunto americano. Un español contemporáneo dijo, tal vez pensando sólo en el aspecto exterior del Quijote, en el llamado aspecto heroico, que don Quijote se fué a peregrinar por América. Puede ser. Mas no sería imposible que allí no se hayan dado aún cuenta de su llegada. Hay una reciedumbre de ánimo en don Quijote, y una categoría de fuertes virtudes, que nos son casi desconocidas. Quizá el afán de pelea y la acometiva inquietud del brazo, no sean la flor de nuestro complicado personaje. Brillan en el Quijote: austeridad, esquivez al ruido vano, castidad en el pensamiento y en las obras, fortaleza en la soledad, y orgullo del propio y singular querer. Y eso, que está tomado de la mística española, eso, que es la recóndita esencia del alma castellana, no ha pasado sin mermas importantes a los herederos de América. Por tal razón se nos ocurre pensar que si nuestros pueblos carecen de motivos para regalarse y envanecerse con la posesión del Quijote, sí son quienes mayormente necesitan de su ejemplo y de su prédica. La sensibilidad indoamericana, mucho más impresionable y delicada que la española, facilita extraordinariamente la asimilación, pues el Quijote, por sobre todo, es un libro de sensibilidad.

La raza que está hirviendo y depurándose en América es al mismo tiempo

la que guarda mayor acopio de huellas y recuerdos del pasado, y en la que han de cristalizar las modalidades que trajo nuestra maravillosa época. Es, tiene que ser, la raza del porvenir. Pero sea porque su infancia se ha prolongado, o porque en ella confluyen indescifrablemente multitud de atavismos, lo cierto es que su empuje hacia el mañana viene de las raíces con que, inconscientemente, se hunde y se clava en una rica y densa tradición. No histórica ciertamente, sino tradición de sangre, cuyo imperio es indeclinable. Si Europa es la patria de la idea y tiende a reducirlo todo a esquemas cerebrales, a ecuaciones rígidas que no pueden vacilar, nuestra América es el país del sentimiento. De ahí que su avance justifique las esperanzas más amplias. No faltarán a su hora los hombres que demuestren cómo la civilización agoniza de placer, de fácil goce, de mezquina dicha, de sonriente banalidad. Este mundo que se derrumba, no amó, sino que apenas gozó, y por eso nada le será perdonado. Quizá no estemos equivocados al creer que América le incorporará a la vida la gota de sangre, el grito de dolor y el gesto de sacrificio que le son indispensables para no corromperse. Ninguna característica del presente parece tan marcada como la reacción contra el intelectualismo, la rebelión de la vida contra la tiranía del espíritu. El hombre moderno quiere volver a sentir, por que el pensamiento puro no halla de qué nutrirse y se convierte en una tortura sin reposo. En América somos no sólo aptos para el sufrimiento, sino sagaces y refinados en él. La complacencia en el dolor, la sabiduría para descubrirle nuevos filos y más sutiles ponzoñas, son hoy cosa exclusivamente nuestra. Nuestro placer es violento, desenfrenado y fugaz. Nuestro dolor, tenaz, callado, inextinguible. Son los místicos quienes de España marcharon al nuevo mundo.

¿Y no era un místico también don Quijote? Parece que sí. Como caballero andante, hay horas en que pudiera confundírsele con cualquiera de los que contribuyeron a voltearle el juicio. Pero cuando vienen la renunciación a la victoria y a la fácil conquista, la firmeza del propósito en medio a la carcajada del vulgo, y aquel don de purificar, de quintaesenciar, hasta obtener nociones tan delicadas que se quiebran con decirlas, entonces aparece el místico. Ahí es donde comienza la elevación. Ahí donde los americanos, en extremo sensuales, blandos y lánguidos, hemos de aprender la lección del héroe duro, resuelto y activo, que sin desprenderse de la tierra, pasó por ella en peregrinación intrépida, desdeñando la comodidad y el regalo.

En España el libro de Cervantes no es tan leído como algunos suponen. La mayoría habla de él por referencias más o menos exactas y completas. Pero en América es casi desconocido. Y desde un punto de vista meramente literario, dado el rumbo que ahora toma la literatura, cuya única salvación está en hacerse valerosamente anti-literaria, esa ignorancia quizá no sea deplorable. Lo es profundamente, en cambio, por tratarse de una creación sustantiva de la raza que, confundida con la americana, produjo la nuestra. No se concibe que los directores de opinión desconozcan los resortes y las sugestiones que mueven al pueblo. Ya es tiempo de acabar con aquel concepto inválido, de que a un estadista contemporáneo le embarazan inútilmente letras y preocupaciones espirituales. Los números, la contabilidad, la economía, son cosas inertes y estériles cuando no las vivifica el sentido humano, la interpretación emotiva de los hechos. La tragedia de nuestro tiempo ha de resolverse precisamente, y todo lo indica así, con la aparición de un nuevo humanismo, que refunda y amalgame los extremos que nos precipitaron a la crisis de hoy, crisis total de ideología, de régimen y de organización. En esta hora de la culminación materialista, la misión de lo sentimental recupera el interés de primer orden que tuvo en las épocas que, con juicio unilateral y soberbio, reputamos inferiores y atrasadas.

La lectura del Quijote debería recomendarse hoy con el mismo encarecimiento que algunas disciplinas destinadas a robustecer y hacer más ágil al animal que llevamos dentro. El es la verdadera novela ejemplar.

El buen caballero fué ante todo espejo de fidelidad, de lealtad y de rectitud. ¿Es que en tales materias tenemos la conciencia tranquila los hijos de América? La mezcla de las sangres, el íntimo y tremendo conflicto de las razas, de que nuestra conciencia es el vibrante palenque, no se tiene suficientemente en cuenta en la dirección y el gobierno de los núcleos sociales americanos. Y una de sus resultantes, la peor, es la insinceridad. Si la angustia del combate interior no nos permite ser siempre leales y consecuentes con nosotros mismos, ¿cómo podríamos serlo con los demás?

No parece absurdo suponer que la franqueza, la rectitud, el espíritu neto y directo, sean fruto del sereno equilibrio orgánico. De igual modo hemos de aceptar que las flaquezas morales del indo-americano, su tendencia a flanquear las cuestiones, no vienen de la perversidad libremente determinada, sino de la falta de balanza en sus humores y de regla en su voluntad. En todo caso, esa penumbra, esa incertidumbre, donde ha radicado, digámoslo de paso, la dificultad para una fecunda inteligencia con pueblos de otras razas, en lo financiero y económico, está compensada brillantemente. En los bruscos destellos de nuestra sentimentalidad, en un arranque fulgurante de emoción, el in-

doamericano puede salvar al mundo. En él duerme un dinamismo infinito. Sólo en él se hallará la fuerza fresca y primitiva que hoy pide la humanidad, en trance de peligroso desfallecimiento.

Por lo dicho, el libro de Cervantes nos interesa cada día menos como literatura. Aunque el espíritu conservador, con su providencial incomprensión, que facilita el progreso, no se dé cuenta de la amortización de algunos conceptos, ella se ha consumado. El mundo actual no se deja hablar ya del arte subjetivo y egoísta, del culto fetichista de la palabra. Y las obras que no fueron sino orquestaciones verbales, se marchitan en la indiferencia general. Ahí, precisamente, hallamos la gloria del Quijote y su indestructible solidez. El Quijote encaja maravillosamente en la viva noción literaria de hoy. Es un libro de literatura popular, no en el sentido folklórico, sino en uno más profundo, porque asoma en él la literatura de masas, porque el pueblo es ya uno de los protagonistas de la trágica farsa, y porque el escudero inmortal eleva a la categoría de postulados eternos el sentir y el querer de la plebe, de la plebe, entraña y crisol de todas las aristocracias. En torno de las costumbres aldeanas, de la sabia experiencia de menestrales y labriegos, al margen de la prudencia campesina y de la malicia de criados y pecheros, sobre el lomo pardo de la llanura castellana, que ha nutrido tanta heroica gesta, flota levemente, bañada en neblina de ilusión, la locura del caballero. Y la impresión que deja el Libro a quien despacio y repetidamente lo lee, no es la de una prodigiosa intriga, sino la de una creación augusta. ¿Por qué? Porque es, no el relato de una aventura individual, sino el estudio implacable del hombre vivo, generoso y cobarde, sórdido y mezquino, contradictorio. Hombre, al fin. Porque es la historia de una época, escrita con milagrosa adivinación de lo que en todas las épocas será idéntico: el fondo de sensibilidad.

No tenemos derecho los de América a reclamar el Quijote como cosa propia. Pero necesitados como estamos de consejeros y de guías, de luces en nuestro camino, de sugestiones que despierten las vocacions y las capacidades que traemos en el subsuelo de nuestro ser, al Quijote acudiremos siempre. Sería difícil, además de que sería ilógico, buscarlo fuera de la lengua que hablamos, encontrar en otro libro tantos motivos de reflexión, tantas y tan fecundas enseñanzas, y lo que más consuela y estimula a quienes carecen de tenacidad investigadora, tantas secretas e imprevistas coincidencias. Estas últimas tienen que hacer pronto del libro hiperbólicamente llamado de España, la obra de América; en donde tomen sus pueblos no propiamente orientaciones, que éstas han de brotar de lo íntimo, sino el sentido de lo universal y de lo perenne, que suele ser todavía algo borroso en sus concepciones.

El concepto de la cultura

(A propósito del libro de don Luis Dobles Segreda: INDICE BIBLIOGRAFICO DE COSTA RICA)

Por ENRIQUE MACAYA LAHMANN

= Colaboración =

¡Cultura! Pocos conceptos ha gustado tanto de formular y de comentar la historia del pensamiento universal, como éste, un tanto abstracto y acomodadizo, de la cultura. Aun dentro de las mismas variaciones subjetivas del lenguaje, el término juguetea con sorprendente versatilidad: así, culto, en un idiomismo vulgar, equivale a educado, a una persona de refinadas costumbres y maneras; en otra acepción, menos general, sugiere tan sólo un fecundo almacenamiento de conocimientos intelectuales y de conducta ética. Algo parecido sucede también en el campo de las definiciones filosóficas: para el dominante pragmatismo del siglo xx, cultura es, ante todo, las posibilidades de lucha y de preparación en contra del medio ambiente natural, la sangría despiadada y el hábil domeñar de las fuerzas vírgenes de la naturaleza, en un afán de placer, de riqueza y de confort inmediatos. La vieja Europa, por el contrario, recelosa de todo utilitarismo pasajero, reposada y contemplativa y de tradición helénica y romana, ve en ella, principalmente, una modulación psíquica del "yo", humanamente comprensiva y receptora del mundo exterior. Al fin de cuentas, tanto ha variado la noción de la cultura dentro del tiempo y del espacio, que ha tornado a ser un concepto relativo y peligroso, cuyo valor absoluto fluctúa con los períodos históricos y con las diferentes nacionalidades.

Pero, a pesar de todos estos cambios de decorados y de principios, los valores culturales nunca han perdido su fuerza viva de actualidad. Y ahora, más que nunca, su bandera ondea en lo más alto. La crisis por que pasamos, ha venido a desmentir radicalmente la exagerada confianza en los solos recursos materiales y económicos—que se creían eternos—como fondo básico y primordial de las naciones. El mundo experimenta actualmente, una profunda suplantación de valores. La cultura, hoy más que nunca, vuelve a ser, para emplear un título de Ortega y Gasset, "el tema de nuestro tiempo".

Contradiciendo hasta cierto punto esta influencia directa de la ley de las variaciones históricas y territoriales—y hasta quizás en virtud de ella—existe, para mí, en el concepto de la cultura, algo que constituye su modalidad íntima y básica, algo que ha sido en él, imperecedero y constante a través de los siglos y que le da su sola unidad histórica y social de continuidad y de forma: me refiero a su función racial, como substrato de las nacionalidades, a su simbólico valor de conciencia étnica. No es que pretendamos ignorar y negar en ella, lo puramente académico y especulativo, tan sólo lo condenamos a un plan secundario.

Las grandes culturas se han resuelto siempre bajo la forma de una actividad vital superior, en el modo constructivo de una personalidad racial. Primero se modulan las "razas" (o las nacionalidades) y en torno a ellas giran las variaciones culturales.

Cuanto más fuertemente delineados estén los rasgos innatos de una nación, tantas más posibilidades tiene de crear una cultura sólida y amplia, ya que ésta, en su intimidad, no es "especulación", muy por el contrario, es "conciencia", auto-comprensión socrática. Lo étnico, es la verdadera simiente de las grandes culturas. Observad, que son justamente los pueblos más cultos, los que ofrecen las psicologías más complejas y variadas de alma popular y escuetamente humanas, ajenas a todo intelectualismo especulativo. No sin razón desconfían los sociólogos de las razas y de los pueblos que se dejan adivinar fácilmente, y más aun, de los que no

se dejan captar del todo, por carencia total de fuertes matices ingénitos reveladores de su virilidad racial. Las ductilidades de la psicología no son, en su valor inmediato, matices de la cultura, son ante todo, meras explosiones de la naturaleza humana; lo cultural es una estilización subsecuente. Es como el árbol, que en su forma inicial, ha de ser raíz, tronco, hojas y savia, para que pueda regalarnos luego con la fantasía policroma de sus flores y con los variados jugos de sus frutos.

Esas trágicas etiquetas sintéticas que corren por el mundo, de "país democrático", de "país liberal", de "país progresista", con las que se acostumbra encasillar genéricamente a algunos pueblos, son, para mí, el peor de los insultos que sea dado hacerles. Nada de más tristemente negativo y desolador que estos valores étnicos unitemáticos. Y el nuestro, es de esos, desgraciadamente. Son el mal endémico de mayor cuantía que puede enfermar y retardar la evolución social de una nación. Implica éste, necesariamente, una carencia casi total de variedad humana (interna y externa, de mundo y de alma), y al faltar ésta, se aniquilan y destruyen las variaciones y los contrastes inspiradores. Desfallecen entonces en sumo grado, las instituciones culturales, faltas de aliento y de intuiciones que las ayude a germinar, ya que el arte y la cultura, no se limitan a ser meros valores abstractos del espíritu, sino que son también valores de la realidad, y, como tales, buscan apoyo en las realidades de la vida, en su doble aspecto, humano y natural.

Pero estos postulados, un tanto etéreos, necesitan algunos comentarios explicativos. Ante todo he de decir, que no pretendo de esta manera predicar en grado alguno, la exclusividad y las intransigencias de una cultura a la vez radicalmente nacional y nacionalizante. Muy lejos de ello; en mi concepto, nada hay de más directamente renovador y refrescante para el alma de una nación, que las influencias extranjeras; debemos, pues, de respirarlas a pleno pulmón, con el mismo vigor y con el mismo deleite, con que respiramos las primeras brisas de la Primavera. Pero antes, es indispensable que nos arraiguemos racialmente, que lleguemos a adquirir una perfilada conciencia nacional: conocer nuestra historia, conocer nuestro ambiente y, sobre todo, conocernos a nosotros mismos. Sólo así podríamos amoldar adecuadamente las influencias extranjeras dentro de nuestra actividad cultural, construir sanas perspectivas y llegar a fecundas finalidades.

Tomando en cuenta estos enunciados, me atrevo a asegurar lo siguiente: que nuestro problema cultural es **inicial** y **básico** y no un mero problema de orientación y de vivificación. Ha de ser negativamente destructivo y positivamente constructivo: implica una ignorancia casi total del pasado (que nos ha de servir tan sólo como lección histórica experimental) y una esperanza renovadora en el porvenir. En su esencia más íntima, es primordialmente la destrucción o el olvido voluntario de un "statu quo". Creo que sea difícil el mitigar esta perspectiva tan radical y negadora. Nuestra situación se asemeja a la de esos escultores, que, descontentos de la realización final de un busto previamente modelado, se ven en la necesidad, por no perder la arcilla en él gastada, de rehacerla compacta y dúctil, con el fin de crear otra modulación, completamente fresca y distinta, con formas diferentes y con una nueva concepción de ideal.

La segunda explicación que se impone es la siguiente: no negamos tampoco una realidad cultural "actual" en Costa Rica. Lo que combatimos en ella, es su forma objetivizada, su valor, casi exclusivo, de signos externos y tradicionales. La noción de cultura, implica necesariamente el concepto de un dinamismo vital y renovador, de una fuerza viva en un proceso constante de variaciones circunstanciales y espirituales. Debemos de combatir el formalismo y la pasividad de los valores de nuestra cultura. Pero como este formalismo está ya enquistado dentro de nuestra psicología patria, ofreciendo pocas probabilidades de revivificación, quizá que sea mejor ignorarlo del todo para dar lugar a una vida nueva.

He aquí, a mi manera de ver, el supremo mal endémico de la patria: la estabilidad conservadora y negativa de un estancamiento cultural y la ausencia actual (oídlo bien, **actual**, lo que sugiere un estado pasajero y corregible, siendo lo étnico un mero cultivo social como cualquiera otro), de tonalidades inherentes, de rasgos raciales claros y definidos que son los verdaderos substratos de la cultura. Presupone ésta siempre, una personalidad nacional.

Nuestra lucha en contra de este mal, ha de revestir, pues, una doble forma ofensiva: la del medio y la del hombre.

Hemos de darle primero conciencia al individuo de su íntima modalidad espiritual, haciéndole comprender su verdadera función receptora del medio en que vive, internándole al mismo tiempo dentro de una atmósfera inspiradora y adecuada de arte, de historia y hasta de vida popular.

A don Luis Dobles Segreda, con su magnífico "Indice Bibliográfico de Costa Rica", le ha tocado iniciar esta futura obra de renovación, comenzando justamente, por donde se debía de comenzar, es decir, poniendo a nuestro alcance, todos los medios de información educativa disponibles, para que poco a poco podamos reconstruir esta conciencia cultural de la patria que tanta falta nos está haciendo. Constituye esta obra, sin duda alguna, el esfuerzo más significativo que ha producido la investigación histórica nacional durante los últimos años. Debemos de regocijarnos, pues, muy hondamente, de que haya sido un costarricense y no un extranjero quien acometiera la feliz realización de tan ardua empresa. Los varios volúmenes de que consta, son un verdadero repertorio cultural de Costa Rica "a la mano", como decimos a veces vulgarmente. En ellos está condensado todo el panorama de nuestras labores educativas, tanto nacionales como extranjeras, hasta los más lejanos confines de la erudición y de la lejanía histórica. Obra básica e imprescindible, sin duda alguna, ésta del profesor Dobles Segreda, ya que en ella aprenderemos a descubrirnos a nosotros mismos, a formarnos un concepto justo y real de todas nuestras posibilidades espirituales, para poder luego dar a nuestra cultura del futuro, una estructura sólida, propia y adecuada. No estamos ya, como lo estábamos antes, casi totalmente al descubierto de información fácil e inmediata para estudiar un tópico cualquiera de la vida costarricense; poseemos ahora ese maravilloso "Indice Bibliográfico" que nos ofrece su pronta, eficaz y gratuita colaboración, como un rico cuerno de la abundancia, que nos inundara repentinamente de prodigiosas riquezas insospechadas.

San José, Costa Rica, 20 de abril de 1934

Estampas

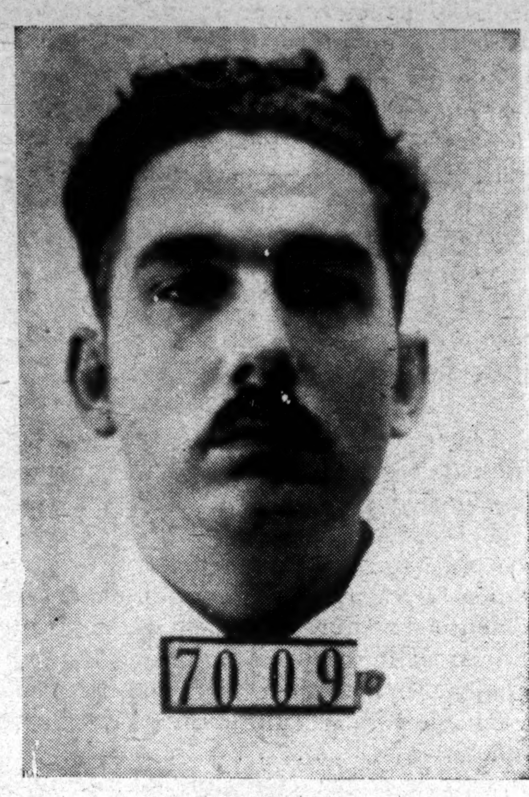
Hablemos por Juan Marinello y pidamos su libertad

= Colaboración =

Una prisión de las muchas que son oprobio de Cuba ha hecho de Juan Marinello, por imposición del caporalismo adueñado del mando, preso de cifra y de uniforme. ¡Parece mentira! Marinello recibiendo el mismo trato soez que le dió el machadato. ¿Y no dicen que lo de ahora es Gobierno para que Cuba salve su libertad y decoro? ¿No dicen que ésta es era de lucha contra la barbarie? Proclaman todos los principios y normas que la amargura del machadato los hizo concebir para un programa de gobierno. Pero están en ese gobierno y siguen levantando engañosamente el papel de los principios y normas mientras realizan complacidos los atropellos mayores. Este de echarle encima el caporal a Juan Marinello es de los más atroces y deshonrosos. Porque se trata de un cubano de profunda significación que ha tenido todos los días de su vida señalados para trabajar por el bien de su nación. El machadato sintió batirse en su carne podrida la lanza del combativo Marinello. Cuando las cárceles recibían día y noche sin cesar a la población universitaria que lanzaba su condenatoria viril contra la tiranía, Marinello denunciaba el crimen y buscaba resuelto la defensa del estudiantado. No hubo riesgos que pusieran barrera a su afanosa obra. Por viril y honrado lo aprisionó el espionaje del sátrapa y lo recluyó en la Isla de Pinos en donde está el presidio sombrío.

Ha sido Marinello vigilante que lucha. Ojo para vislumbrar el mal desatado sobre Cuba y brazo para abrirse paso e ir denunciando con llama vivísima. Martí está velando y son de su entraña estos cubanos. Marinello tiene en su rostro noble rasgos que son de la majestad del de Martí. El parecido del alma asoma a los ojos y a la boca que no enreda jamás una villanía que dañe la vida libre de la patria. Hombres sin dobleces, puros y por lo mismo sin puesto de comodidad. En ellos tiene Cuba su salvación. El imperialismo yanqui que la ha convertido en su cautiva miserable no podrá deshacerse de estos hijos del espíritu martiniano. Lo sabe y quiere sofocarlos, volverlos ruinas para extenderse con el descastado impúdico sobre todos los linderos de la Isla decorosa.

El imperialismo tiene en Marinello enemigo que no capitulará nunca. Los males de Cuba los trajo el imperialismo que desde el Departamento de Estado yanqui lanza sobre ella a banqueros, a industriales, a empresarios, a diplomáticos instruídos para la conquista. Han alentado y sostenido las terribles tiranías que culminan en el machadato. Ellas le han dado el dominio de la electricidad, de los negocios, de la tierra, de las aguas, de los medios de transporte.



Juan Marinello

Y ese dominio es tan bárbaro que el cubano sufre la agonía espantosa del colono, extraño en su propio suelo. Marinello ha sentido que su obra mayor es la de redimir a la clase trabajadora que no tiene tierras ni industrias porque el imperialismo se las arrebató. Y sin profesiones de fe estridentes ha ido derecho a la lucha. En esa lucha es cogido por el caporalismo que gobierna a Cuba y está sumido en la prisión.

Estos pueblos parecen aturdidos y no acuden a la defensa de sus voceros. Hubiera luz que pudiera dirigirlos para que no dejaran en la indiferencia a quienes por ellos se desvelan. Marinello es de estos desvelados por anhelos americanistas. Y tiene conquistada la admiración. Lo que promueve para redimir a Cuba tiene diseminación creadora con alcances a cada una de estas patrias. No se asusten los que oigan decir de su comunismo. Comunista es y no sale embozado a luchar. Pero también es un espíritu de fina y honda comprensión que no está en riesgo de ser absorbido por sistemas de redención social que hacen del hombre sin lastre estopa vacía. Sin el afán insensato de interpretar su posición comunista, nos atrevemos a decir que ese sitio extremo de combate lo tomó por convicción de que sólo desde allí ha de acabarse con Cuba factoría yanqui. Las masas tienen para el comunista todas las virtudes redentoras. Como sufren, como son explotadas hasta el sacrificio, saben encaminar mejor la lucha contra la fuerza explotadora. En Cuba es atroz la miseria de las masas metidas en el engranaje de la succión capitalista. Marinello ha ido a poner su mano honrada sobre la señal por donde el padecer colectivo asoma desde una entraña mutilada. Y de allí ha sacado su fe combativa en bien de las masas y espera jubiloso la "sociedad comunizada de mañana". Complace en él, que no es un repetidor de teorías, sino un hombre que se sirve de teorías para buscarle redención a las injusticias y males de su pueblo. Trabaja como marxista, pero con el índice puesto sobre la zafra que aniquila, sobre el latifundio que ahoga al cubano. Por esto se pregunta: "¿Cómo se sirve a Cuba, es decir, cómo se sirve a los intereses fundamentales y dominantes del cubano? ¿Haciendo causa común con el pequeño grupo usurpador, que debe su existencia,—nadie lo ha negado—, al poder económico que trae la miseria criolla? ¿O poniéndose al lado de la gran necesidad cubana, del hambre y de la tragedia de la gran masa?" Servir a Cuba es su anhelo de siempre. Cree servirla con grandeza, que es servirla con acierto, desde su posición marxista. Es honrado Marinello, de una honradez rotunda. Citemos otra afirmación valiente: "Servir los intereses de la masa laboriosa y desvalida es lo mismo que enrolarse en la Revolución grande, en ese torbellino omnipotente que arrebata la biblioteca, la consideración social y el baño tibio por las mañanas. Es, nada menos, que pelearse con el mundo que manda... Porque no ponerse al lado de quien, con fuerza para ello, da la gran batalla al crimen capitalista es situarse al lado del crimen".

Difundimos al Marinello de hoy, que es el Marinello comunista, vehemente, sincero. No por maldad, sino por convicción honda de que Cuba sólo tiene redención con el marxismo. Son innumerables los males cubanos. Aplicar alivios es insensatez. Lo grande es la Revolución y ésta sólo viene por el rumbo rojo. La naturaleza combativa que su posición demoledora le infunde la lleva resuelto a sacudir al intelectual. ¿Qué es el intelectual? "El intelectual—cita de Marinello—es entre nosotros lo que en todas partes: un hombre parasitario, sin rol activo en el proceso de la produc-

ción, servidor de los intereses dominantes y partícipe, aunque en porción pequeñísima, de los beneficios que ofrece la estructura social a que sirve". Lo tiene definido y entonces lo clava, lo escarnece, lo llena de fealdades: "Es muy interesante observar cómo desde que el mundo luce la verdad marxista, la mayoría intelectual ha redoblado su esfuerzo defensivo, decidida a ocultarla, a retrasar su llegada mediante hábiles obstáculos. En la medida en que la Revolución se acerca, se afina la destreza de los intelectuales para encontrar modos de detenerla. En realidad lo hacen por dos razones: para ser bien mirados por los amos de la economía y también por la vana esperanza de escamotear la Revolución a las masas y quedar dueños del Gobierno. Claro que los más avisados, los más estudiosos del marxismo, saben que por sí solos no pueden mandar y van a esta maniobra chalanera que pretende enrolar en una misma lucha a trabajadores manuales e intelectuales, no con un sentido clasista, sino con un propósito transaccional. Como si los trabajadores e intelectuales tuvieran, en cuanto son explotados, interés distinto del del obrero. Si los intereses son comunes y la opresión la misma, es absurdo no entregar la dirección de la Revolución a la única fuerza que tiene posibilidad de dirigirla y llevarla al triunfo: el proletariado".

Allí está Juan Marinello revolucionario, demoledor, intransigente. Cuba tiene muchos males y sólo una redención: la redención comunista. Con valor combate y por esa resolución y fe lo persigue el caporalismo aliado del imperialismo yanqui y lo mete en la prisión que también sufrió por combatir al machadato. Es una figura noble y grande la de Juan Marinello. La llama roja le atrajo y tras ella va con la majestad del hombre que siente la voz aleccionadora. Por su probidad, por su espíritu, por su inteligencia es admirado este cubano para quien el caporalismo no ha tenido respeto.

El machadato le dió, como ahora el caporalismo, prisión en la Isla de Pinos. Fué en 1932. Marinello no estaba encendido por la llama quemante de hoy Sus meditaciones iban hacia una Cuba redimida por la acción de fuerzas menos extremas. Hasta su celda llegan los cuentos de otro cubano de valor, Luis Felipe Rodríguez. Y Marinello los lee, no como un marxista, sino como un espíritu abierto a todos los horizontes. No les aplica ideas de la Revolución grande, de la "sociedad comunizada de mañana". Está preso por la imposición brutal de un régimen sostenido por el mismo imperialismo que sostiene y alienta al caporalismo de hoy. Sin embargo, es suave, es dulce hablando desde la prisión de los cuentos de cañaveral que han llegado a hacerle compañía. Son cuentos que lo hacen sentirse ciudadano de Hormiga Loca, es decir, de un lugar donde los hombres sufren y son explotados, donde tienen sus gozos y expansiones. El alma sutil de Marinello extrae el paisaje y la poesía con sentimiento admirable y ofrece meditaciones así: "El escritor criollo de ahora, el escritor creador de arte, debe escuchar con serena y amorosa humildad la voz de su campo y de su ciudad: ella trae su tono, su quejumbre, su gozo". La prisión no lo amarga, no lo vuelve descreído y los cuentos de cañaveral le sugieren páginas hermosísimas.

Marinello es cubano que puede presentar Cuba con engreimiento.

El caporalismo lo ha metido en prisión. No es Cuba la que lo humilla, es uno de los males que destrozan a Cuba. Hablemos por este gran espíritu y pidamos su libertad. Jorge Mañach: ¿no podría Ud. hacer algo por la libertad de Juan Marinello?

Juan del Camino

Costa Rica y abril de 1934.

Del libro "El Cristal Indígena"

= En prensa. Por la *Editorial America*. Quito, Ecuador. *Envío del autor*. =

3.—*Espejo, Nariño y el Marqués de Selva Alegre*

(Véanse los números 13 y 14 del tomo en curso)

En creciente incontenible la animadversión de los betlemistas y de los médicos influyó en el ánimo de Villalengua para que recordara a Espejo de su proyecto de viaje al Perú y su demora en las ciudades del centro, aun cuando en el Presidente existiera alguna intención de apoyo al llamarle a esta ciudad cuando tuviese "proporción para ello, por convenir su venida a diferentes asuntos interesantes al público".

Pero la sindicación cayó de nuevo sobre su destino de perseguido. Era el autor del Retrato de Golilla y Villalengua ordenó su prisión. Ardidos estarían el fácil corazón de doña María y la entraña codiciosa de Barreto. Y el padre José del Rosario y los literatos...

En setiembre de 1787 fué detenido en Riobomba por Mazorra, el Corregidor de Latacunga, célebre por sus arriesgadas pesquisas y por la seguridad fría y cumplidora con la cual ajustaba el grillo, interpretando, con rectitud jamás contradicha, hasta la última letra de la consigna (1). Entonces se halló, entre sus papeles, el retrato de Golilla "en cuatro hojas manuscritas". ¿Escritas antes y denunciadas después? Espejo se defenderá con una de sus ligeras artimañas dando razón al tiempo y a la lentitud de los encuentros.

El viaje a Quito y la cárcel. En ella escribiría sus Representaciones ante el Rey, sincerándose y defendiéndose. Y otra vez las sombras de sus enemigos se alzarían en sus evocaciones.

El Presidente Villalengua, lento y calmoso, con ciertas severidades de Gobierno atemperadas por una paternal vacilación, no quiso secar a Espejo detrás de los muros de la cárcel, y resolvió extrañarle, enviándole a Bogotá, con el objeto de que el Virrey resolviera de su causa. "Atroz, sangrienta y sediciosa sátira", denomina a la del Retrato de Golilla, añadiendo que cualquier Tribunal de Europa tendría lo bastante para encerrar a su autor en un castillo de por vida. Pero Villalengua se excusa de aplicar la pena, no obstante de su conocimiento de la justicia de una sanción, por cuanto estima que resultarían cómplices "muchos sujetos de clase distinguida, amigos, corresponsales y confidentes de Espejo", lo cual ocasionaría en la provincia "un incendio difícil de apagar" (1).

Para su juicio en Bogotá "como reo de Estado, libelista famoso y perturbador de la paz pública", cumplido su breve encarcelamiento, en noviembre de 1787, emprendió en ese viaje de obligación y de premura, pues que se le había impuesto un destierro de dos años.

No sabemos qué pensamiento amanecería en su tema viajero, al abandonar la línea fronteriza y hacerse al camino por la soledad de Ipiales en donde la esperanza del exilio suele fingir el distendido horizonte de las nubes verdes. Bulliría en su mente el esquema numeroso de algún libro que no llegó a escribir, e iríase, de venta en venta, dando al azar del huésped el aliciente de la llegada.

Trecho de tierra para quien hubiera deseado el rompiente gigantesco del mar. En Popayán, el atisbo, detrás de la quieta ventanilla de reja española, de dos ojos azules, nietos propios de los de una abuela castellana. El valle caucano de ilímite distancia para el potro asustadizo. Kilómetros y kilómetros.

Y en una mañana, después de muchísimas jornadas, Santa Fe de Bogotá. (1788).

En la ciudad virreinal se fortalece una de las amistades más influyentes en la vida de Espejo: la de don Antonio Nariño, consagrado como el Precursor de la libertad americana. Sin prueba ilusi-

(1) El Sr. González Suárez observa que la prisión se hizo en Latacunga. Los señores Barrera y el Dr. Viteri L., señalan la ciudad de Riobamba.

(1) Carta de Villalengua al Virrey Gil y Lemos.

ya bien se puede reconocer en nuestro compatriota un ascendiente poderoso en los trabajos del prócer colombiano. Espejo era un hombre de cuarenta y dos años y el joven Nariño estaba en viaje, apenas, hacia el primer meridiano de los treintas, loado por Fernando González en agridulces páginas. Nariño comprendió de inmediato a nuestro Espejo que se volvía denso de conciencia. La conversación se mantendría en los mejores límites de un intercambio que se tiende en firmes paralelas y que, sombreado de simpatías, no trepida en su deseo de avanzar. Y al lado de Espejo y de Nariño, Zea. ¿Cuántas de las ideas que preocupaban a Nariño no serían acicateadas e impulsadas por el doctor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo? Ambos profundizaban en la idea de la transformación francesa. No se trataría de una amistad de peripato, pero es de creerse que la plática de Espejo removió en el joven colombiano los anhelos que frutecieron después en el mundo grancolombino. Nariño tradujo, en 1792, la **Declaración de los derechos del hombre,** tres años antes de que nuestro indio cayera, sin sospecharlo, en el duro regazo carcelero, para salir, casi desfalleciente, hacia el pobre lecho que debía recibir su cuerpo para la distención sin latido. Entre los libros libertarios que se alineaban, como en escuadra de vanguardia, en la estantería del Precursor colombiano, se halló un ejemplar del Discurso de Espejo dirigido a los quiteños, invitándoles a formar la Escuela de la Concordia...

Una sola luz de fraternidades ciertas clarea en la vida de Espejo: el Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar. No hay línea de asperezas diferenciales en el convivio de estos dos personajes. Espejo aparecido por el desdeñado callejón del indigenismo y el Marqués, azuleado de genealogías, dorado de heráldicas, escoltado de pergaminos. Pero esa selva alegre llega hacia esa otra selva que se dijera oscura no obstante la curiosidad despejadora del zapador que por ella transitaba. Espejo deja correr de su pluma el elogio entrañable del Marqués, "ese joven más ilustre por sus virtudes patrióticas que por el esplendor de su cuna". Menor que él con más de una decena de años, estuvo a su lado, lo expresa él mismo, desde su niñez, honrándole con su amistad. El Marqués ostentaba, sin vanidad, la fisonomía de su aristocracia: rostro enmarcado por una melena que le caía discretamente hasta los hombros; frente limpia y quieta sin los surcos pronunciados de la contracción dolorosa y severa; ojos tranquilos, claros, expresivos, leales; nariz de línea aguileña; boca de apretura franca; mentón ligeramente redondeado. Para el retrato físico el anímico. El Marques fué noble de veras. Su voluntad de oyente se inclinó al rumor lento de las semillas aborígenes y en la tierra removida por Espejo dejó caer, más tarde, el sudor fructífero de su sangre que se hubiera podido oxigenar, en complacida quietud, con los aires alegres de la selva del linaje próspero. De la tranquilidad de su carisma volvió los ojos hacia el mundo de Colonia, menesteroso de amplitudes nuevas y fué, con la gentileza de sus dos estaturas, la del cuerpo y la del ánima, uno de los continuadores más eficaces de las ideas del anunciador. Está en primera línea en la sacudida de 1809 y el reconocimiento de sus compañeros le unge con la elección para Presidente de la Junta de Gobierno de Quito.

En 1789 el Marqués de Selva Alegre llega a la ciudad de Santa Fe de Bogotá, por sus "negocios particulares". Encuéntrase con Espejo y el calor de sus antiguas correspondencias alcanza mayor vivacidad lejos de la Patria que debió acoger de modo tan distinto al joven de ilustre rama y al indio creador y revoltoso. Con tan grato advenimiento, aplacaríase la oscura nostalgia de Espejo, quien llegó casi a creer "que la Patria, lejos de aceptar sus oficios le despedía de su amable seno y proscribía para siempre como arrepentida de haberlo producido..."

Entonces, del mismo fondo de la queja se levanta, por reacción, un empeño ferviente de proselitismo y Espejo y el Marqués plantean el organismo de la Escuela de la Concordia para que acercando a los quiteños, invitara a su seno a los hijos de la Nueva Granada. Parécenos esta una anticipación precisa de la Anfictionía bolivariana. No sería entonces el plano del Istmo la sede de la presagiada concordia, sino la quebradiza e historiada ciudad de Quito, cuyo cielo, captador de varios horizontes, es cubierta de la fortaleza y sorpresa del agüacero...

Así florece el famoso discurso de Espejo que ha de guardarse en la más cariñosa antología de Quito y el Marqués, con afecto mecénico, lo saca de las prensas, en vestidura de propagación.. Grande alegría la del indio visionador de la posteridad, al ver esos pliegos impresos... Ya viajarían, en letra de molde, algunas de sus páginas, con distinta fortuna de la de aquellas que pasaron hasta por sobre la convexidad marina, en manuscrito trabajoso, destinado eso sí a la perpetuidad de los archivos y a la curiosidad de las revisiones.

Espejo se dirigía a la Muy Ilustre y Muy Leal Ciudad de Quito, representada por su Cabildo, Justicia y Regimiento, hablando a los quiteños acerca de la necesidad de establecer una Sociedad Patriótica que se llamaría la Escuela de la Concordia. Había, en antes, cultivado igual idea, sin darla forma de avance, pero el Marqués la despertó frente al paisaje de Santa Fe, al ordenarse los recuerdos de la Patria, aquilatando su destino; premura del indígena desterrado y afán del noble criollo que se volvería cuando quisiese a su lar de la iquisición y el lauro germinante.

Espejo quería la concordia porque casi siempre la echó de menos. Concordia formada a imagen de sus adelantados sueños no podría conseguir en el lustro para el cual le había señalado la vida. Crearía la discordia, destruiría para construir, pero no le aguardaba el reconocimiento de su obra. La Escuela de la Concordia contó, en definitiva, sólo con sus dos socios fundadores: Espejo y el Marqués de Selva Alegre. En otro tiempo alcanzará realidad el deseo de nuestro compatriota, a partir de los oficiales establecimientos del Rey. Cierto que con su rumbo adivinador, la desviará hacia la concordia revolucionaria, guiándola por el sendero de las **Primicias,** mas no de conseguir la organización viva de promesa con la cual fantaseara a la diestra de su amigo el Marqués, en las veladas de Bogotá.

Los quiteños creyeron ver en el ingenio desaforado del doctor Espejo el índice de la discordia. Mas, de acercarse a su conexo sentimiento se apercibirían de que aun en los módulos de su actitud displicente había madera concordante. Haríase, por lo mismo, con su guiador apoyo, el cónclave formal para la cultura y la liberación de Quito. Así lo creyó el Marqués oproximándose a su bullir incesante. Por lo demás, para la venialidad de sus intemperancias, el contrapeso de su ideal último debía de ser aceptado como de validez incontrastable. Allí estaban el Espejo reflejador y el Marqués de Selva Alegre. Aquel, el discordante descontento o acedado, buscando el sustentáculo de la concordia en ágil columna de nobleza despierta. Cierto que buscará con impaciencia el flanco de higienizar o recomponer. Pero su identificación con el bien de la ciudad nativa le fué lealmente concorpórea. Había en su operoso camino espacio para sedar. Sólo el oído del Marqués recogería de su difusa, de su incomprendida profundidad, esa palabra que debió de asombrar al currutaco cuando salía de sus labios desdeñosos con su forma de buida discordia, pero con raíz concordante.

Augusto Arias

HABLANDO DE CERVANTES

Su actitud verdadera

Por AZORIN

= De *La Libertad*. Madrid =

Se han comenzado a publicar unos primorosos folletos de divulgación del "Quijote". En el primero se publica un breve, sencillo, claro, preciso ensayo de don Francisco Rodríguez Marín. El trabajo del maestro es excelente. Sabemos, leyéndolo, lo que, en resumen, necesitamos saber de Cervantes y de su obra. ¿Se quiere mucho a Cervantes en España? Existen actualmente dos Sociedades cervantinas: una lleva por título Los Amigos de Cervantes; la otra se titula Los Amigos de Miguel. Es casi desconocida esta última; la componen sólo siete admiradores de Cervantes. Cuando hay una vacante se cubre por elección; las vacantes son muy apetecidas. Nadie conoce esta reducida y selecta Asociación. No celebra sus sesiones con motivo de fechas señaladas en la vida de Miguel, ni de efemérides notables, ni de casos singulares. Cuando le place, un día al mes, y donde le place, en algún lugar cervantino, la Sociedad se reune. Charlan los amigos de Miguel sosegadamente; discuten sin ardimiento; tal vez se lee algún trabajo que no pasa de seis u ocho cuartillas. Y eso es todo. En Alcalá de Henares, en Esquivias, en El Toboso, en Valladolid, en Castro del Río, en Sevilla, en Madrid mismo celebra sus sesiones esta sucinta Sociedad. La última se celebró en Alcalá de Henares. Al saber Cervantes, en los Campos Elíseos, que esa sesión se iba a celebrar, decidió presenciarla. Estaba Miguel en compañía—su habitual compañía—de fray Luis de Granada y de Garcilaso. Los tres, fray Luis, Garcilaso y Cervantes, son los escritores clásicos que más hondo han "sentido".

—¿Vas a hacer una asomada por el mundo?—preguntó fray Luis.

—¿Y en qué forma te vas a presentar?—interrogó Garcilaso.

Y Miguel, sonriendo, contestó:

—Tenemos los moradores de los Campos Elíseos, bien lo sabéis, la facultad de poder visitar la tierra. Podemos hacernos visibles y podemos, invisibles, pasar inadvertidos. Haré yo las dos cosas; me verán y no me verán. Seré visible y seré invisible. Y en cuanto al atavío, ¿qué atavío voy a llevar sino el que, proporcionalmente, con arreglo al tiempo, pero según mi fortuna cuando vivía, me corresponde en los días actuales?

Los amigos de Miguel marcharon a Alcalá de Henares. Dieron un paseo por los alrededores de la ciudad, y como vieran una casita campesina, en ella se metieron. La casa era mitad venta y mitad masada. Tenía una anchurosa cocina de campana. Era invierno. En el hogar ardía una confortadora lumbrarada. En la casa sólo había una mujer anciana que andaba de un lado para otro, trajinando en los menesteres domésticos. Fueron bien acogidos. Se sentaron frente al fuego, y Paco Helices, el fino y sensitivo poeta, presidente de la Sociedad, dijo:

—Señores: ábrese la sesión. El tema de hoy va a ser interesante. Nos hallamos en una casa rústica; lo mismo puede ser de hace veinte años que de hace cuatro siglos. La componen paredes rojizas y desnudas. Y la cocina es una cocina perenne. Perdurarán en Castilla estas cocinas en tanto que haya fuego. Figurémonos que Miguel, nuestro amigo, ha dado un paseo por la campiña y ha entrado en esta casa a reposar un poco. Lo tenemos allí, en aquel rincón, sentado en una silla de pino con asiento de esparto. ¿Cuál es, señores, la actitud de Miguel? ¿Cuál es su actitud verdadera?

—Entendámonos—dijo otro de los amigos—. ¿Se trata de Miguel joven o de Miguel viejo? ¿Es Miguel, animoso, o es Miguel, rendido por la pesadumbre de los años y las decepciones?

—Creo—volvió a decir el presidente—que entramos, sin saberlo, en el fondo de la cuestión. Se ha dicho "rendido por los años y por las decepciones". Eso indicia ya cierto estado de ánimo. En efecto, es de Miguel viejo de quien se trata; de Miguel a los sesenta años; de Miguel desengañado de la vida.

—¿De Miguel desengañado de la vida, querido presidente? ¿Acaso Miguel llegó a estar nunca desengañado? ¿No tuvo siempre esa ingenuidad noble, esa confianza infantil, esa espontaneidad cautivadora que tienen los niños y las mujeres y que le hacían ser lo que era?



Cervantes

Talla policromada esculpidapor el artista español *Juan Cristóbal*

—Estamos en pleno asunto—observó Paco Helices—. Precisemos, ante todo, la actitud física, material; tenemos a Miguel sentado en aquella silla del rincón. Y yo os digo: ¿cuál es su verdadera actitud?

—¿Su actitud en el continente todo, en la faz, en los ojos, en los labios, en los brazos, en las piernas?

—Exactamente, puesto que su actitud física ha de reflejar fielmente su personalidad espiritual. Su actitud física nos expresara el estado de su espíritu, sus esperanzas, sus desengaños, sus alegrías, sus dolores.

—La actitud no puede ser, en Miguel, más que la de un perfecto reposo, una perfecta serenidad.

—Pero, ¿serenidad sin dejo de amargura? ¿Sin sabor de sarcasmo? ¿Sin arrequives de ironía?

—¿Y por qué sarcasmo, ironía y amargura? Miguel era un hombre extremadamente bondadoso. La vida le había vencido, es cierto; pero la bondad de su corazón le hacía conservar una serenidad inalterable.

—Además, señores, ¿es que cuando se ha perdido ya toda esperanza, cuando no se espera ya nada de nadie, no se tiene, siendo inteligente, como lo era Miguel, una suave, delicada, inefable indiferencia por el mundo y por las cosas, que nos coloca por encima de toda pasión, de la ironía, del sarcasmo, del despecho, de la envidia, de la ambición?

—¡Exacto, exacto!—exclamó Paco Helices—. Nos vamos acercando a la solución del problema. Ese es Miguel. Ese es el Miguel que tenemos ahí, sentado, en actitud de reposo profundo, de maravillosa serenidad.

—Es que Miguel no tenía conciencia de su valer? ¿No supo él lo que había hecho al escribir el "Quijote"?

—Lo supo; tenía conciencia de su valer; sabía él que sin el prestigio de otros, sin el renombre entre los cultos de que gozaban otros, él valía más que esos otros.

—¿Y no habría amargura en su actitud?

—¿Y por qué amargura? Precisamente esa conciencia de su valer era lo que

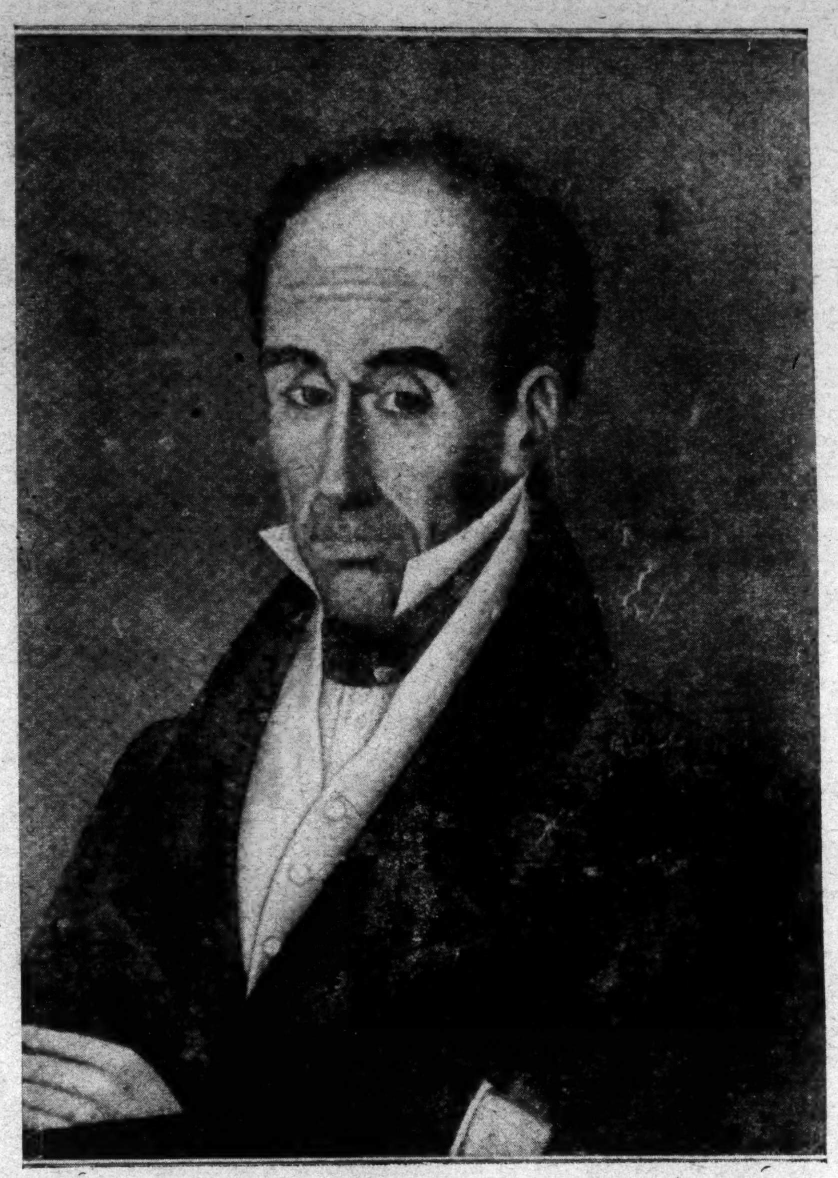
(Pasa a la página 267)

"El Libertador Presidente"

Por RAMON ROSALES

= Envío del autor. Bogotá. Marzo de 1934 =

Aun no ha surgido quien trace, con pincel inmortal, la figura triste y débil del **Libertador,** cuando embriagado con la ilusión del retorno a la tierra querida de Venezuela sale de Bogotá y en junio de 1830 llega a Cartagena, en aquel viaje sombrío, truncado por la muerte que le acecha y que en San Pedro Alejandrino le asalta; cuando convertido en leve sombra, marchitas las pupilas, que fueron fulgor inenfrentable e imán de almas; hundido el pecho, que el bacilo laborioso le deslíe; trémulo y jadeante; perdido el pensamiento en la batalla de su existencia, que el destino le trenza de glorias y vencimientos, adulaciones y deslealtades, esperanzas y desengaños, noches acariciadoras y de pavorosa tragedia; cuando llega a Cartagena, decimos, y sobre ese estado de aniquilamiento, físico y moral, recibe la noticia del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, el más fiel, puro y tierno de sus amigos y, en seguida, la nota del gobierno de Bogotá en que se le anuncia que Venezuela ha decretado su destierro, exigiendo como condición para entrar en arreglos el exilio del héroe del territorio de la Nueva Granada. Instante el más conmovedor de su vida, porque es cuando su corazón se deshace en lágrimas de sangre; cuando ablandados de dolor sus pulmones heridos, el invisible ejército de Kock asegura su víctima; cuando el drama, como de tragedia griega, culmina inmisericorde.



Bolívar en 1830

Atribuído a *Antonio Meucci*

Mas, no es la muerte del aterciopelado Sucre, ni la visión escéptica de su obra magna, que él mismo califica melancólicamente de estéril, al decir: "he arado en el mar"; son Venezuela, con Peña, Páez, Sublette y los demás próceres venezolanos los que le causan la aflicción abrumadora. Orgullo luzbeliano el del caudillaje naciente que, con refinada crueldad e ingratitud monstruosa, lanza al máximo hijo de Caracas del suelo que ama tanto como el propio ideal que le conduce a la proeza sobrehumana. La idolatría del héroe por Venezuela y todo lo venezolano es uno de los factores psicológicos que le hacen vacilar y dar vuelo al movimiento separatista, que no condena y deja desarrollar, a despecho de Santander, que lo quiere reprimir yendo contra Páez, el vigoroso animador del despedazamiento de Colombia, la Grande.

Pero si el pincel sabio todavía no ha sublimado la desolada angustia del alma del héroe, la pluma nerviosa y emocionada de Roberto Botero Saldarriaga dibuja en su libro, "El Libertador Presidente", en trazos magistrales, la figura torturada y doliente del gran decepcionado. ¡Ludwig, el maravilloso biógrafo de Napoleón, estrecharía entre sus brazos, como a hijo intelectual, a quien escribió "El Libertador Presidente"!

Nuestra historia apenas comienza a humanizarse, a salir de la búsqueda, arreglo y verificación de sus fuentes y datos, a rebasar el período yerto de la investigación, que glorifica y proscribe, cincela mármoles o funde bronces, pero con olvido de las pasiones, de la contradicción, de los contrastes, de la razón de ser de los actos humanos, del factor psicológico que impulsa a la acción, de la vida misma.

Leyendo el admirable libro de Botero Saldarriaga presentimos al advenimiento de nuevas orientaciones en nuestra literatura histórica.

Si hubiésemos de clasificar la obra, "El Libertador Presidente" no pertenece al género de la investigación, porque está construída sobre elementos irrefutables, que tampoco deforma con fantasías novelescas, género usado por los falsificadores de la historia; se acerca, más bien, a la biografía, por el calor que le presta a la narración y por el cuadro lleno de vida que resucita de las tumbas augustas.

Amontonar documentos, destacar hechos, ordenarlos, trazar sobre ellos rasgos generales despreciando el fragmento íntimo, fugaz, acaso la célula viva de la historia, es hacer figuras deshumanizadas, dioses, si se quiere; pero no es describir hombres. Y como la historia es labor humana, necesariamente está sujeta a la alternabilidad del acierto y del error, de la grandeza y de la miseria.

El Libertador ilumina con luz de estrella la imaginación de quien lo estudia y cautiva el alma de quien se le aproxima. Su genio se impone y, en ondas concéntricas de incesante dilatación, se extiende de la conciencia individual a la universal. Pero su imperio proviene de ser hombre. Los dioses no son sino posibilidades metafísicas. Y si el hombre de genio yerra, sus yerros, geniales también, tienen que tener consecuencias trascendentales. Los que no consideramos absoluto el materialismo histórico, según la concepción de Marx y sus discípulos, sino que creemos que el hombre de genio, aislado, él solo, ejerce influencia profunda en los destinos humanos, estamos obligados a concluir que el error genial disloca o corta de tajo, detiene o bifurca, la misma creación del genio.

Tal es la controversia sobre la gigantesca obra del varón epónimo, padre de la patria, Simón Bolívar.

Para nosotros, que apenas recogemos el rumor que discurre perenne a través de la conciencia histórica nacional, la figura luminosa del Libertador proyecta dos sombras que le siguen, inseparables, en la brillante parábola de su inmortalidad: la tolerancia complaciente con Páez, que contribuye a la desmembración de la Gran Colombia, y su rudo cambio hacia los regímenes dictatoriales, que viola el ideal perseguido por la revolución: el establecimiento autónomo de la democracia liberal en América.

Apasionado por el hombre, apasionado por la época, apasionado por la verdad y apasionado por la democracia, Botero Saldarriaga despliega ante sus ojos documentos consagrados por la historia, y libre de todo prejuicio, reconoce al hombre y afirma sus contradicciones. Sistemático en sus inferencias, presenta el panorama de aquellas dos sombras trágicas con sugestión dominadora.

En su hermoso libro Botero Saldarriaga no es un compilador autómata, ni un continuador servil del endiosamiento integral; tampoco acepta la generalización dogmática del dato. Reduce el dios a hombre y lo engrandece,

porque lo humaniza, y fecunda el dato, desechado deliberadamente por los otros.

¿Qué influencias determinan en el Libertador la contradicción dramática? ¿Es su entrañable adoración a Venezuela y a los olímpicos guerreros de su patria por lo que permite obrar hasta cuando se hace imposible el retroceso? ¿Son los falsos amigos, que le sugestionan, ya debilitado su espíritu por la intensidad prolongada de la lucha? ¿Es su temperamento sensual, índice de psicologías versátiles desde el punto de vista afectivo? ¿Por qué no la ambrosía de unos labios de seda, que susurran a su oído irrevocables mandatos? ¿Es su impetuosidad, exuberada por la divinización? ¿Son sus propias enseñanzas, que labran en muchos de sus compañeros inalterables voluntades? ¿Acaso se ahuyenta de su memoria el conocimiento de los granadinos? ¿Puede sostenerse el perfecto equilibrio, la absoluta inflexibilidad lógica de los Washington, los Pasteur, los Ramón y Cajal, en quien salta del éxtasis sublime, de los místicos delirios del Monte Aventino, El Chimborazo y Pativilca a las lúbricas escenas de la capital del Perú? ¿La dualidad antitética de espíritus así, por qué no ha de trascender a las concepciones políticas sobre el gobierno del Estado?

Botero Saldarriaga siente al héroe, no a los historiadores de la escuela inanimada, glorificadores a ultranza. Atormentado por los hechos, vivos y dolorosos, anhelante de la plena posesión de la verdad, busca la causa de los sucesos irreparables y la halla en la fuerza única que entonces puede provocarlos, aún por omisión: el Libertador.

Acostumbrados los colombianos a aquella historia sin plasticidad, desenvuelta con método y perseverancia, pero con fines menos históricos que políticos, contemplamos los motivos esenciales de la separación de los tres pueblos de la Gran Colombia cubiertos con el manto deslumbrante del Libertador; empequeñecida la lucha entre los dos personajes representativos de la epopeya: Bolívar y Santander, y reducida la visión real de la historia. Ajustarla a lo cierto es pensamiento noble y útil, por cuanto las naciones son causa, y a la vez producto, de su propia historia y los hombres-símbolos, la resultante del carácter y de los íntimos anhelos del alma nacional.

Botero Saldarriaga abre nuevos distritos al espíritu y en su bello libro plantea la racionalización de la historia. Cristalino propósito el del autor que, en desafiadora afirmación, inicia rectificaciones fundamentales, que no pueden nacer sino de escritores colombianos.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

EL VERDADERO IDEALISMO ACTUAL

El servidor moderno del Estado

Por JOSE PIJOAN

= De *El Sol*, Madrid =

La lucha moderna es alrededor del Estado. La forma más enojosa del oscurantismo contemporáneo es la de blasfemar diciendo: "Al momento que una cosa cae en manos del Estado interviene la política y no se piensa más que en utilizarla para los intereses de partido. Tal cosa fué bien, rindió, pagó intereses, hasta que el Estado..."

Todo depende de cómo sea el Estado. Los reaccionarios tienen el mayor empeño en sabotear el Estado. Le traspasan servicios que ellos ya no pagan, y hasta aquellos que pagan, como el Correo, los enflaquecen, los empobrecen, para poderlos enseñar como otros ejemplos de fracaso. Y a pesar de esto, se va al estatismo por necesidad y al galope. En estos momentos se está discutiendo en un rincón de Madrid, no sé cuál, ni nadie lo sabe, el porvenir de los ferrocarriles españoles. Los políticos hablan de crisis, se envían mensajes unos a otros; el pueblo, embabiecado, hace conjeturas de si mañana seremos lerrouxistas, azañistas, roblistas o miguelmauristas; pero no hay nadie que se preocupe de si hemos de estatificar o no nuestros desdichados ferrocarriles. Esto se debate en un rincón, no sé dónde, ni lo saben más que los consejeros del Norte, los gerentes de Empresas de autobuses y unos cuantos pobres empleados de los ministerios.

En caso de comentarse, se diría inevitablemente: "Dios quiera que no los coja el Estado; si ahora van mal, irían mucho peor. El Estado tiene líneas; ya se ve cómo van..." Naturalmente que las líneas del Estado son aquéllas que ya no rendían con las que tuvo que quedarse para asegurar comunicaciones. No quiero insistir hoy aquí en este "problema ferroviario", pesadilla universal para los Estados y que ha sido uno de los más escandalosos negocios, sobre todo en América. Sólo quiero decir en este renglón que aquí en España, como en todos los países, no se trata de estatificar o no estatificar; se trata de pagar o no pagar el déficit de los transportes. Los propietarios de los ferrocarriles quieren las ganancias y que las pérdidas se las pague el Estado.

Mil otros asuntos, inevitablemente, tendrán que ser intervenidos, y el Estado crecerá, pese a quien pese, requiriendo cada día más devoración de sus servidores. Los llamados "empleados del Estado" son hoy obreros que trabajan para un amo que hace todo lo posible por que el negocio vaya mal. Conscientemente o inconscientemente, el poderoso—banquero, ingeniero o abogado—, que cuando defiende los intereses de su Banco o de su industria pone toda su alma en que vaya bien, al ser nombrado ministro o consejero del Estado lo descuida, lo desorganiza, lo detesta. Es necesario producir cuanto antes el tipo del servidor del Estado moderno, con romanticismo para su obra, resignado a este período de metamorfosis, tratando de hacerlo lo mejor posible, aun cuando esté dirigido por un ministro enemigo del régimen estatal.

Este debe ser el gran idealismo moderno: servir a un grupo humano con energía y capacidad. Ser "empleado del Estado" debería ser algo tan honroso como fué en otro tiempo ser predicador o artista. En nuestro país se fundó una orden religiosa para rescatar cautivos. Los mercenarios iban a tierras lejanas tratando de redimir a aquellos que estaban en los hierros, y si era necesario, tomaban el lugar del cautivo para que éste pudiera reintegrarse a su familia. Es con este espíritu de entera devoción, dispuesto a sacrificar su vida sobre el papel timbrado, como el joven moderno debe ingresar en un servicio público. Será víctima de la rechifla de los que están a su lado en la oficina, tendrá que sufrir los abusos del político antagónico al régimen; pero cada día comprenderá más la necesidad de esta obra a que se ha consagrado. Servir, servir, servir. Es hasta algo religioso. El Estado no es Dios, pero es una obra de Dios, y el servicio público es santo si se hace con desinterés y sin pensar en los ascensos.

Voy a explicar un engranaje de tres instituciones que he contribuido a orientar en América para hacer modernos funcionarios del Estado: la primera institución es un Orfanato en San Dimas (California). Recogemos allí sesenta muchachos, alojados en cinco casas, con doce en cada una, que cuida una "madre". Cada casa tiene su vida familiar; pero el almuerzo se toma en común, en el comedor de la escuela. Este es un edificio aparte. Se da en San Dimas la instrucción elemental, y además se despierta a los muchachos la conciencia de la gran necesidad moderna de vivir asociados para aprovecharnos de los modernos descubrimientos. Se les enseña que esa asociación complicada que llamamos Estado requiere talentos y voluntades.

A los diez y seis años, aquellos muchachos del Orfanato de San Dimas que

han demostrado capacidad y vocación son enviados a una escuela de segunda enseñanza, en un lugar llamado Deep Springs, en Nevada. Está en un valle solitario, y los estudiantes cuidan de la administración de una granja agrícola agregada a la escuela. Forman una pequeña república, vigilada por un director. El clima es rudo; han de luchar con dificultades naturales, que ponen a prueba su iniciativa y su constancia. El método pedagógico allí empleado es también interesante; no hay Facultad permanente. Se importan profesores por una semana, que explotan, se deshinchan, trasmiten, explican, comentan, lo que tienen metido en la cabeza. Después se los devuelve a los establecimientos oficiales para que continúen monótonamente explicando sus cursos. Raramente un hombre académico tiene enjundia para más de una semana. Los alumnos de Deep Springs, cada vez que se marcha uno de estos sabios cultores de una especialidad, continúan solos los estudios—que para esto hay libros—, con la dirección muy liberal de dos tutores, uno para Ciencias y otro para Humanidades. En cambio, lo que reciben allí de una manera sistemática es la fe en un mundo nuevo, organizado científicamente con una maquinaria estatal planeada de antemano.

Terminado el período de escuela secundaria en el desierto de Nevada, en Deem Springs, que más que escuela es noviciado, los jóvenes, ya orientados hacia una carrera profesional, pasan a la Universidad de Cornell, en el Estado de Nueva York. Allí estudian para médico, ingeniero, abogado, perito agrónomo y hasta para diplomático... Viven en una casa dormitorio donde caben cuarenta. Se procura que veinte sean de los que han pasado por San Dimas y Deep Springs. Los otros esperamos que se contagien con el contacto y son escogidos por sus méritos académicos. Estos últimos contribuyen a intensificar la atención en el estudio. Los primeros traen el ideal del Estado y de la vida gastada en servirlo.

El resultado es el siguiente: un muchacho que ha pasado por las tres instituciones no se pertenece. Si es honrado, comprenderá que se debe enteramente a una idea, como aquel mercenario que se ponía a sacar el agua en Túnez o Argel en lugar de un cautivo. ¿Por qué? Pues porque el gasto que se ha hecho desde que entró en la escuela primaria hasta que salió médico o abogado en Cornell es una suma que, puesta a rédito, le permitiría mantenerse hasta el fin de su vida.

Y ahora, hombre joven, que has leído todo esto, párate a considerar que no es necesario beneficiarse de escuelas como las que he descrito para sentir el deber de dar toda la vida para el servicio. Aunque sea el padre quien lo pague, paga sólo una parte de lo que cuesta tu educación. El pobre obrero, que tiene cédula de dos reales, y el campesino, que contribuye también con su óbolo al Estado, te pagan a ti, señorito, un tanto por ciento muy elevado de lo que cuesta tu escuela primaria, tu Instituto y tu Ciudad Universitaria... Pues a devolverlo... Y acrecentado.

Su actitud verdadera...

(Viene de la página 264)

le daba la serenidad. Valiendo más que esos otros, él se veía mezclado a un mundo humilde, prosaico, de que otros se veían libres. Y él, entre las cosas prosaicas, vulgares, en el vivir rudo, grosero, se complacía a solas consigo mismo, en su profunda soledad, en poner serenamente en ese mundo un ambiente de espiritualidad, de comprensión piadosa, que los otros, los prestigiosos y afortunados, no podían poner. ¡Y esa es la clave de su serenidad!

—De su serenidad—corroboró el presidente—viéndose viejo, achacoso y sin amparo positivo de nadie.

Acabó la sesión. Se disponían a regresar a Madrid los amigos de Miguel. Habían hecho la excursión en automóvil. Paco Helices dijo:

—Yo os dejo. Voy a regresar en el tren. Ya sabéis que de cuando en cuando me gusta viajar en tercera. Voy a charlar un poco con labriegos y gente popular. Hasta la noche.

Por las noches se reunía la tertulia en casa del presidente. Estaban aquella noche reunidos, cuando Paco Helices hablo así:

—Os voy a contar lo que me ha sucedido en el viaje de Alcalá a Madrid. No me ha salido mal la cuenta. He cosechado algo. La cosecha ha sido de observaciones curiosas. No hay como los labriegos españoles para hablar bien. ¡Qué castellano tan vigoroso y expresivo! Pero no es de esto de lo que os quiero hablar. He visto en un rincón del coche en que yo viajaba, coche de tercera, un tipo de señor de pueblo que me ha impresionado. Era como el mismo Miguel de Cervantes. La frente ancha, los bigotes gruesos y caídos, las barbas de plata, los ojos serenos, los dientes grandes y helgados... ¡Qué profundo reposo en su actitud! Habíamos estado toda la tarde discutiendo sobre la actitud verdadera de Miguel, y, lo que son las cosas, de pronto, sin esperarlo, se me presenta un caso de analogía tal, de tal parecido, que yo no podía apartar la vista de ese señor.

—¿Y no le hablaste?

—¡Ya lo creo! Todo el camino fuí charlando con él.

—¿Y qué decía?

—No decía nada notable. Eran cosas como las que se le ocurren a todo el mundo. Lo singular era la manera de decirlas; un tono de placidez, de dulzura, de profunda simpatía, que hacía que las palabras más vulgares adquirieran un valor insospechado.

—¡Es curioso!

—¡Es raro!

—¿Y el traje?

—Ya podéis figurároslo; un traje pobre, negro, muy raído, pero limpio. Y el sombrero también raído y pobre.

—¿Y no te dijo nada, absolutamente nada notable?

—Sólo poco antes de llegar a Madrid, hablando de las cosas de la vida, dijo: "Quien tema a la soledad no podrá nunca comprender el misterio profundo de la vida". Y a punto de despedirnos, en la estación, me dió su tarjeta. Con la precipitación de la despedida no la leí. Aquí debo tenerla.

Rebuscó el poeta en sus bolsillos. Y al cabo de un momento sacó una tarjeta. Todos se acercaron para verla. El presidente de los amigos de Miguel leyó: "El amigo de sus amigos".

—¡Raro!

—¡Curioso!

—¡Extraño!

Y como el presidente repitiera instintivamente, sin proponérselo, la frase "el que tema a la soledad no podrá comprender nunca el misterio profundo de la vida", todos se sintieron sobrecogidos. Experimentaban la sensación profunda y misteriosa de que alguien, invisible, estaba entre ellos. Y de pronto, con un solo movimiento, se pusieron en pie, e inmóviles, rígidos, extáticos, guardaron un minuto de silencio.

Versos a Pascualita

Por ANDRES DE PIEDRA-BUENO

= De *Pascualita*. Versos a una niña que nació poeta. La Habana, 1933. Selección y envío de *Claudia Lars* =

PRESENTACION DE PASCUALITA Y DEDICACION DEL LIBRO

Pascualita tiene ocho años.
Una melena negrísima.
Una piel que transparenta
los rieles de la vida.
Unos ojos de tabaco.
Un cerquillo. Una sonrisa.
Una mirada muy triste.
Unos labios que deshilan
una madeja de luna
en pespuntes de armonía.
Un canto dentro del alma.
Una luz en las pupilas...

Hace versos. De mi mano
cruza las primeras cimas
y hay un azahar que canta
en las colegiales filas...

Por ella escribo este libro
y lo dedico a las niñas
que se prenden las peinetas
del sol en las cabecitas,
que cazan en los rosales
mariposas cristalinas
y que tienen el misterio
musical de Pascualita!

EN LA PLAYA

Pascualita:
el mar!
Un pececito quiere
saludarte y jugar.

Las manos de las olas
sueñan acaparar
el oro de la playa...
¿No te entusiasma el mar?...

Ponte de puntillitas
y mira más allá
de las casas humildes...
¿No ves los que se van?

Son pescadores. Una
canción de espuma y sal.
—¿Y volverán mañana?
—No sé si volverán...!

Yo seré grande un día
para irme por el mar.
(Tú serás, Pascualita,
más grande, mucho más...!)

Te doy para tus sienes
un laurel de cristal,
y una onda que sea
anillo de tu faz...

Una ola que viene,
una ola que va.
Para que tú comulgues
se alza un cáliz lunar...

Recógete en ti misma!
¿Has comulgado ya?
Mira una cordillera
de inocencias pasar...

Nunca una niña tuvo
una comunión más
dulce que Pascualita...
Qué anhelo de cantar!

Vamos para el Colegio.
¿Qué verso escribirás?...
No te olvides que has visto
el mar!

COMUNION

Domingo por la mañana.
Estoy en misa mayor.
La capilla del Colegio
me parece un corazón.
Niñas, muchas niñas. Miro
la niña que quiero yo.
Está de blanco. Recuerda
un lirio de Anunciación.

Y lleva un lazo de seda
en un brazo y lleva los
ojos húmedos de gloria
sin saberlo... Qué emoción
la de mi niña poeta
que reedita (a media voz
digo entre nos el secreto)
su Primera Comunión!

Niebla fragante de incienso.
Agnus Dei qui tollis... (soy
educado y me arodillo
aunque hace tiempo que yo
he roto las relaciones
diplomáticas con Dios).

Un dulce campanilleo.
una fila de candor.

Viene Pascualita, viene...
Qué linda me luce al sol
minúsculo de la vela!
Siento el vértigo exterior.
Pompa católica, música
del armonium, oración
silenciosa de las niñas...
(Ay, ¿por qué no existe Dios?)

Yo creo en ti, Pascualita.
Yo creo en tu corazón.
Sé que el semáforo verde
iza un astro y una flor.

Yo creo en ti, Pascualita,
Agnus Dei de la canción.

Y qué encantadora estabas
en la mañanita de hoy,
niña que hiciste dos veces
tu Primera Comunión!

UN DIA DE GLORIA

La mamá de Pascualita
vendrá mañana al Colegio
para llevarse a su nena
de paseo...
Irán las dos en tranvía
sin que les importe el tiempo;
la mamá, como la Virgen;
la niña, como un jilguero...
Se contarán muchas cosas,
se dirán muchos secretos,
y acabarán una risa
con un beso...

Pascualita, soñadora,
será un pedazo de verso;
la mamá, transfigurada,
será una estampa del cielo...
La mamá trabaja mucho
para pagar el Colegio;
quiere que su niña sea
un lucero...

Ya están en la playa. Una
ola se rompe en arpegios
como un encaje de perlas
y gorjeos...

Mira, Pascualita! Mira
qué blanco collar de pétalos!
La frente de tu mamá
merece, niña, ese premio...
¿La quieres mucho? ¿la quieres?
A ver, dedícale un verso!

Y Pascualita sonríe
porque adivina en el tiempo
un cesto de nardos y un
divino campanilleo...

Ya están en el dormitorio
purísimo del Colegio.
Sueña Pascualita, sueña
con el corazón más bueno
de todos los corazones
maternales.
Se oye un beso.

FUTURO

Una niña sin zapatos
al verme con Pascualita
vino a pedirme un centavo.
—Señor, para una galleta
pues no me he desayunado...!
La miro. Cubre su cuerpo
con un recuerdo de harapos
y los ojos se le salen
entre dos cercos violados...
Y el mundo no se avergüenza!
Pasa una niña en un "auto"
y pasa un hombre que tiene
más de mil pesos guardados...

Pascualita se la lleva
al refugio de su cuarto
y después de darle leche
le ofrece un vestido blanco
y de rodillas—qué amable!—
le pone un par de zapatos...

Yo le doy unas monedas
con un letrero sagrado:
Patria y Libertad. Qué patria
puede haber con estos cuadros!

Pascualita está muy triste.
Tiene los ojos hinchados.

No quiere dormir, no quiere,
pero la duermo en mis brazos...

Se agita. Pide una estrella.
Sueña... ¿qué sueña? La llamo.

Son las siete, Pascualita!
Mira el sol! ¿Y qué has soñado?
Se acerca mucho, se acerca
para decirme muy bajo

el sueño que tuvo anoche
y que no sabe explicarlo...

Vió un esqueleto de niña
y vió la mano de un santo
que izaba en el esqueleto,
entre gritos y entre aplausos,
una bandera muy roja,
roja solamente.

Callo.

El Aprismo en Perú

Por HAYA DE LA TORRE

= *Colaboración.* =

El Partido Aprista ha tenido ya en el Perú una vida breve y fuerte. En cuatro años ha llegado a ser la fuerza política más organizada y de mayor volumen numérico en el país. En las elecciones generales de 1931, a pesar del fraude en los escrutinios, el jurado electoral, totalmente adverso al Partido, admitió los sufragios de ciento once mil electores apristas. Nuestros cálculos más minuciosos nos permiten afirmar que cincuenta mil votos de nuestros afiliados fueron declarados arbitrariamente nulos. Como en el Perú no tienen derecho a voto ni las mujeres ni los mayores de dieciocho años y menores de 21, el total de miembros del Partido al iniciarse la tiranía de Sánchez Cerro era de trescientos mil. De 1931 a 1934 esa cifra ha aumentado en doscientos mil, de modo que la cifra actual de apristas de ambos sexos inscritos en el Perú es de medio millón.

Nuestro Partido aprobó su programa mínimo, o Plan de Acción Inmediata en el primer Congreso Nacional Aprista de 1931, después de la reunión de veinte Congresos Departamentales que recogieron los puntos de vista y ponencias de los apristas de todas las provincias del Perú. Ese programa surgido de las masas es hasta hoy la norma política del Partido. Su ideología izquierdista y anti imperialista ha sido mantenida firmemente como su bandera doctrinaria y renovadora.

Es evidente que el Aprismo en el Perú, constituído por el frente único de los trabajadores manuales e intelectuales, ha logrado orientar y sanear la conciencia política de las masas del país. El realismo de nuestro programa, ajeno a los absurdos utópicos que son característicos de las mentes tropicales, ha captado el fervor de las clases desposeídas para las que, la persecución antiaprista, ha sido la mejor prueba de la posición reivindicatoria del Aprismo en favor de los trabajadores.

Y esa persecución ha alcanzado caracteres tan terribles, que durante los dieciseis meses de terror, el Perú ha vivido la etapa más sangrienta de su historia. Seis mil muertos de nuestras filas han caído ejemplarmente en aquel trágico período. Cerca de ocho mil prisioneros en las cárceles y en la "Siberia de Fuego" de nuestras selvas, soportaron el horror de todos los sufrimientos. Pero el dolor y la muerte soldaron más firmemente la unión de nuestras filas. La tiranía que trató de "pulverizar" al Aprismo,—según la declaración pública de Sánchez Cerro, que así lo prometió en su discurso-programa como candidato presidencial en agosto de 1931,—no hizo sino fortalecerlo y aureolarlo de gloria.

Hoy el Aprismo soporta una nueva persecución, más taimada, más legalista, más jesuítica. Después de una breve vacación de libertad que se inició hace un año con la muerte de Sánchez Cerro en abril, y termina en diciembre con el gobierno dictatorial del primer ministro Riva Agüero, Marqués de Aulestia, el Aprismo es de nuevo blanco de una campaña enconada. Muchos de nuestros compañeros se hallan perseguidos. Otros, enjuiciados militarmente, están ya en las prisiones. Los apristas han perdido en el Perú sus derechos a la libertad. Nuestra prensa ha sido clausurada y nuestros locales políticos allanados y cerrados por las bandas policiales del Marqués.

Las próximas elecciones legislativas son el motivo de esta nueva política de abusos. Veintitrés representantes apristas que fueron despojados de sus mandatos parlamentarios por la mayoría ad hoc del "Civilismo", deben ser ratificados en sus mandatos por los electores. Con elecciones libres, el Aprismo ganaría la mayoría de las representaciones legislativas y el Senado y la Cámara de Diputados contaría con fuertes sectores de personeros de nuestro Partido. El plan del gobierno es impedir la victoria del voto popular. Por eso viola la ley electoral y niega al Aprismo sus derechos constitucionales. Volvemos, pues, gradualmente en el Perú a los métodos siniestros de la tiranía anterior.

Desde 1930, el único rol de las derechas en el Perú ha sido el de combatir al Aprismo por todos los medios. Su encono ha devenido en morbosa obsesión. Ningún plan constructivo, ningún programa de gobierno ha intentado hasta hoy. El "Civilismo" ha demostrado su total incapacidad y su completa decadencia, usando del gobierno sólo para fines de grupo y para su desesperada lucha contra las fuerzas siempre crecientes del Aprismo. Ninguna situación más propicia para la pronto ruina política del Civilismo que el círculo vicioso en que se mueve. Pretende destruir el Aprismo como condición para gobernar "bien", pero como no lo destruye, sigue gobernando mal y, por reacción, el Aprismo aumenta sus fuerzas.

Entre tanto el Aprismo no sólo gana en potencia, en disciplina, en experiencia de lucha: gana también en conciencia política. El fervor admirable de las masas progresa hacia una nueva actitud mental, realista, objetiva y ansiosa de eficiencia. Nuestro Partido ha alcanzado una extraordinaria organización técnica, y, sin duda alguna, excelente capacitación dialéctica. La lucha nos ha hecho abjurar de los simplismos. La tensión que domina el ambiente nos ha colocado en un plano de aprendizaje necesario. Sabemos que nuestro Partido está cerca del poder. Y, saber esto, con plena conciencia de su significado, es alejarse ya de los peligros de la improvisación en el gobierno, serio riesgo de los partidos nuevos.

Ventaja de la lucha, cuya tremante intensidad ha acelerado la experiencia que en situaciones normales sólo ganan los partidos después de largo tiempo. Empero las "situaciones normales" y el "largo tiempo" pueden conducir a los partidos de izquierda a la burocratización o al compromiso. Con nosotros no ha ocurrido tal cosa. La fuerza de la ofensiva reaccionaria es tan tenaz, tan múltiple, que no hay tiempo para burocratizarnos. Resguardados por nuestra fuerza y garantizados por los yerros de nuestros adversarios, ciegos de odio, tenemos el tiempo necesario para ganar experiencia sin perder vitalidad e ímpetu. Estamos siempre recibiendo la enseñanza viva y fecunda de la escuela de la acción. Y como estamos solos en la lucha, esta "soledad colectiva" nos une más, nos disciplina mejor, nos hermana y nos fortalece.

El Aprismo ha arraigado ya hondamente en la conciencia popular peruana. Su juventud, su vigor, su heroicidad, le han dado grandeza. Nuestro Partido ha pasado gallardamente la etapa lírica de los impulsos iniciales. Ha vivido su tragedia y tiene su martirologio. No necesitamos ir muy lejos para tener tumbas de compañeros sobre las cuales jurar y sentirnos fuertes. No tenemos que leer libros europeos para aprender cómo se sufre y cómo se lucha por la libertad y por la justicia. No necesitamos prestar consignas o importar credos. Aquí, en ámbitos de América, en suelo del Perú, se mueven nuestros luchadores y duermen nuestros caídos. De la sangre de éstos y de la acción creadora y autóctona de aquéllos, surgirá la victoria.

Y la historia del Aprismo en el Perú será lección para nuestra América. Acicate y llamado hacia la tierra que pisamos, cuya liberación no surgirá sino,—como sus árboles y sus montañas,—de ella misma. ¡Sólo de ella!

Lima, abril de 1934.

Pornocracia y cleptocracia

= *Colaboración* =

Así como nunca **hubimos democracia** en América, porque nuestra evolución política se prendó de los nombres, mas no de las realidades, así tampoco, ni siquiera tuvimos Plutocracia. Es un alarde teórico hablar de tales tópicos aquí. Ni Democracia, ni Plutocracia, ni Aristocracia. Lo único que hubimos fué Zoocracia, Pornocracia y Cleptocracia.

La Pornocracia es un término que aplicó Unamuno al régimen de Primo de Rivera. La Zoocracia cuadró, como anillo al dedo, al régimen de Sánchez Cerro en el Perú. Mas, la Cleptocracia es la raíz de todas, el origen de la aparente Plutocracia americana, la explicación criolla del Imperialismo y la razón de ser de los despotimos mestizos.

No tuvimos Aristocracia porque la criolla fué, en la mayoría de los casos, la excrecencia segundona del árbol metropolitano, o el título comprado o revalidado en aire cabotinesco. No tuvimos Democracia, porque el Demos permaneció alejado de la función pública, y prefirió el entronizamiento de bárbaros de palabras sonoras y gestos seductores, a quienes la adulación beata pintaba con decoraciones atrayentes y hasta deslumbradoras. No tuvimos Plutocracia, porque la nuestra empieza recién a definirse tal, dejando el cascarón de la Cleptocracia.

Los hombres públicos han preferido la mezcla poco atractiva de Zoocracia, Pornocracia y Cleptocracia. Los zoócratas se defendían creando una nueva Aristocracia, a base de dinero. Y medraban en cualquier forma. Así como la Cleptomanía (manía de apoderarse de lo ajeno, vulgo, robar) es un mal que se atiende en los sanatorios y se corrige desde las escuelas; así la Cleptocracia (régimen del hurto) constituye un sistema de gobierno que se finca en la apropiación de los dineros ajenos, especialmente de los dineros públicos.

Todo Cleptócrata es un Pornócrata en ciernes. Se defiende con la pornografía, y se escuda con la exhibición machista que, a través de una aparente varonía, en realidad oculta sólo hambre de exhibición y sed insaciable de placer barato, de placer efímero. La Pornocracia retorna a la Zoocracia, en la cual concluyen estos regímenes. Llevan en su seno su propia negación. Se destruyen con sus propios gérmenes.

Cuando leo en los textos y oigo en los debates nuestros nombrar ciertos principios y sistemas, conocidos sólo de oídas, me provoca a risa. Nuestro simiesco afán de imitar y de ser como los europeos, nos conduce a pensar que somos demócratas cuando somos zoócratas; que tenemos Plutocracia, en donde sólo hay Cleptocracia; que existe Aristocracia en donde fluye el Zoócrata bien vestido; que tenemos fascistas en donde sólo se alcanzan las bajas cumbres de un primorriverismo sin pornografía, vale decir, sin júbilo, como indica un comentador aguzado de la actualidad peruana, Manuel Seoane.

Es bueno que nos vayamos acostumbrando a reducir las cosas a sus justos términos. Nada de etiquetas incomprensibles e inadaptables. Nada de realidades robadas. Nuestra modestia institucional no alcanza aún, al cabo de un siglo y una década, sino a progresos sin mayor cuantía. De la Colonia nos lanzó el trampolín de la lectura al espacio de la Zoocracia. No es mucho que aun estemos en el segundo volantín de la Zoocracia a la Democracia. Pero, como el mundo ha cambiado ya, llegamos cuando los otros parten. Una vez más, debemos sumarnos a la romería. Destino simiesco. De compañeros de ruta. Mejor dicho: de seguidores retrasados. Si la verdad se alcanza, según la expresión de Pascal, "a tientas y gimiendo", la Cleptocracia fué en pos de su meta "a hurtadillas y reptando". Casi el anti-Pascal. O sea el mondamiento de sensibilidad, de sentimiento y de escrúpulos.

Luis Alberto Sánchez

Lima, 1934.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y las Casas extranjeras)

Por el autor, y también editada por Espasa-Calpe, nos llega:

Juan Marinello: *Poética*. Ensayos de entusiasmo.

Señas de escritores:

Emilio Ballagas
Aptdo. 23
Santa Clara, Cuba.

Cipriano Campos Alatorre
Madero, 39.
Xochimilco, D. F. México.

Víctor M. Villagran
2.ª Avenida Norte
Números 17 y 19
Quezaltenango. Guatemala.

Antonio Acevedo Escobedo
Abraham González 29, Depto. C.
México, D. F. México.

R. Blanco Fombona
Pamplona, Navarra, España.

Fernando Binvignat
Casilla 6 D.
La Serena, Chile.

Estuardo Núñez
Avenida San Martín 125.
Barranco, Lima. Perú.

José Pijoán
a/c. Espasa-Calpe
Apartado 547
Madrid, España.

Ginés Peralta Serra
Calle Libertad 1226.
San Francisco,
Provincia de Córdova
Rep. Argentina.

Enrique Munguía
Legatión du Mexique
Estokolmo, Suecia.

Enrique Díez Canedo
Legación de España,
Montevideo, Uruguay.

Guillermo Jiménez
Londres 26
México. D. F. México.

Genaro Estrada
Calle Hermanos Bécquer, 3
Madrid, España.

Canción de una noche de enero

= *Colaboración* =

Para *Andrés de Piedra-Bueno*, en La Habana.

El verano soltó vientos recios,
vientos locos que zumban y ruedan,
y en las llanas de verdes trapecios
acrobáticamente se enredan.

Va la noche en el llano y la sierra
deshilando vellones oscuros.
Cambia en mieles su savia la tierra
y hay aroma de gajos maduros.

Buscan aves y bestias sosiego.
Han abierto despacio, una a una,
las estrellas sus broches de fuego,
y se asoma, redonda, la luna:

Misteriosa, sencilla y ambigua.
Oro y plata en unido reflejo.
Cuenta suelta al azul, perla antigua.
Copa de ámbar, patena y espejo.

Bola al viento del campo de enero
en el juego primero del año...
Reina blanca del paje Lucero,
y pastora de inmenso rebaño.



Ilustración de *J. M. Sánchez*

Novia triste de cursis poetas,
y no obstante, la novia entre todas.
La que inspira pasiones secretas,
y es de miel en la noche de bodas.

Calendario de signos profundos.
La que rige la vida. Su influjo
vuelve el surco y el vientre fecundos,
y en el mar mide el flujo y reflujo.

Negra diosa de ritos vedados:
cabalísticas cifras dibuja
en oscuros rincones callados,
donde cuece sus yerbas la bruja.

Comadrona, nodriza, madrina,
que ha colmado las trojes de granos.
Sabe amor que por ella germina
y hay cosechas de niños lozanos.

¡Salve luna magnética, miro
extasiada tu cara de yeso,
y se escapa en canción y suspiro,
la quimera que aviva tu beso!

Vieja y nueva, maligna y propicia.
¡Quién supiera la dicha o el daño
que al poder de tu fuerza se inicia,
a través de la curva del año!

Claudia Lars

Enero del 34. San José, Costa Rica.

Cinco juicios sobre "José Martí en Costa Rica", de Carlos Jinesta

= Envío de *C. J.* =

Gracias, gran Carlos Jinesta.

¡Preciosa, encantadora monografía sobre Martí en Costa Rica!

¿Cómo acertó usted a casar la precisión documental con cierto género lírico que era natural se encendiera a la sola evocación de nuestro Martí?

Las dos manos de

Alfonso Reyes

Río de Janeiro. 1934.

¡Triunfo y felicidad para mi distinguido amigo Carlos Jinesta, el gran ensayista de "José Martí en Costa Rica"!

Y felicitaciones sinceras por tan hermoso estudio del héroe-apóstol de Cuba.

Juana de Ibarborou

Montevideo, Uruguay. 1934.

He recibido y leído con agrado y no sin provecho sus dos importantes trabajos acerca de José Martí y Omar Dengo, dos ejemplares humanos de diverso significado y dignos ambos de que se perpetúen sus nombres. Su cálida piedad hispanoamericana abarca la vasta esfera sentimental y de pensamiento en donde se comprende la vida poshumana y de esos dos buenos y grandes americanos. Acepte la expresión de mi reconocimiento por el envío de los dos libros y reciba mis felicitaciones por las prendas literarias que los distinguen.

B. Sanín Cano

Bogotá, Colombia.

Señor don Carlos Jinesta.
San José, Costa Rica.
Muy señor mío:

Un millón de gracias por el envío de su interesantísimo libro "José Martí en Costa Rica". La lectura de tan bello estudio ha sido, para mí, motivo de gran placer. Me ha llamado mucho la atención su prosa, vibrante, enérgica, concisa. Usted, como prosista, se ha sorbido el aliento de Martí. Hay pedazos suyos que se leen dos veces: no porque no sean claros, sino para gozarlos más. Su retrato de Martí, con palabras lapidarias, no disonaría entre los que se leen en obras clásicas. Cómo me gustaría leer su estudio sobre Juan Santamaría. Hace muchos años estuve en San José unas semanas, como Secretario de nuestra Legación (el Ministro, General Rafael Reyes, no fué, y por eso la Legación quedó sin efecto), y al día siguiente de mi llegada me fuí, muy temprano, a ver la estatua de Juan Santamaría, porque antes de ir a Costa Rica había leído yo un artículo de Darío—muy bello—sobre el soldado de la tea. El estudio de usted será admirable.

Saludo en usted a un admirable prosista (¡qué descoyuntados los de ahora, prosistas y poetas!), y con el testimonio de mi aprecio me suscribo de usted, admirador y amigo,

Ismael Enrique Arciniegas

Bogotá, febrero 22, de 1934.

Acabo de leer su Martí. Es el Martí que conocemos a través de páginas ya inmortales, y es, sobre todo, su Martí. Aspectos inéditos de este gran libertador que usted anota en el fluir de su prosa fácil, sobria, castiza, agitada por cierto revuelo nuevo que no logra por eso volverla menos serena y perenne. Sin lisonja alguna veo en usted a uno de los más correctos y elegantes prosadores de la América contemporánea. Sus libros están en lugar preferido de los escritores míos, de los de nuestro Continente. Los he leído con particular agrado y anotado con estimación. Y en éste, sobre todo, me hallo a mí mismo, por la sugestión especial que siempre encontré en la biografía. ¿Por qué no traza usted los rasgos biográficos de García Monge, digno ya de tal homenaje perdurable?

Siempre le tiene presente y le admira su amigo,

Augusto Arias

Quito, Ecuador.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Desafío a los quemadores de libros

Por *H. G. WELLS*

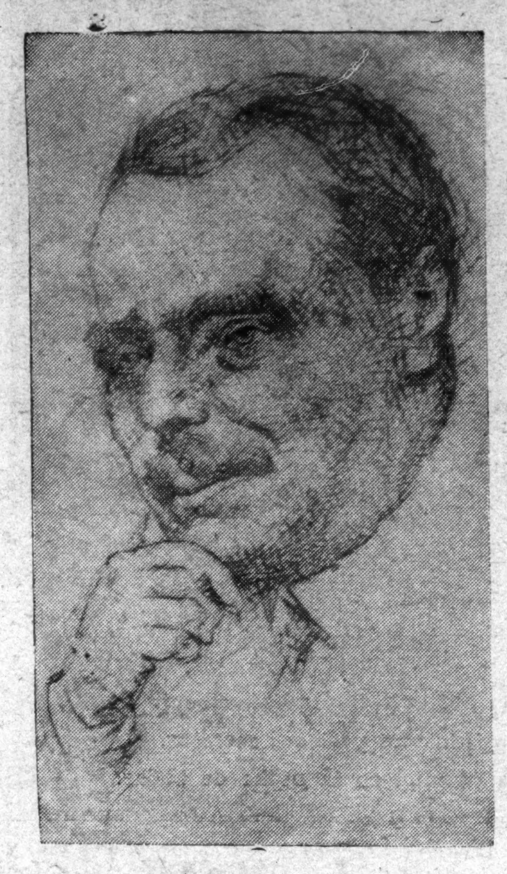
= De *El Sol*, Madrid. =

No tengo motivos justificados para enojarme y reñir con los que queman libros. Hubo un tiempo en que mis libros se consideraron peligrosos, y algunos de ellos fueron quemados. Ahora me doy cuenta de cuán grande fué el beneficio que con ello me tributaron. Es un tributo, un homenaje, para un autor quemar sus libros. Cuantos más libros míos se quemen, previsto que hayan sido comprados y pagados, más satisfacción y contento tendré.

Yo también he quemado un libro. Fué un trabajo tremendo, una faena terrible. Primero, la cubierta se desarrolló y encogió como un ser viviente y desprendió un olor abominable. Después, el resto del libro fué quemándose y carbonizándose en el fuego. Lo empujé y revolví con un espetón, con muy poco resultado. Entonces acudí a las tenazas, volviendo página por página, hasta que las tenazas me abrasaban. Me encontré con las manos negras, con los puños de la camisa negros y con el cuello desabrochado y roto. Toda la operación la hice en un hornillo, en una casita en medio del campo. Cuando, después de algunas horas de fatigosos esfuerzos, me dirigí a la cama, cabizbajo como un asesino y demasiado nervioso y febril para poder dormir, aun quedaban en el hornillo fragmentos del libro no terminados de quemar. Y durante algunas semanas no dejé de encontrar hojas a medio quemar, arrastradas por el viento del cenicero de la casa y repartidas por toda la comarca. Un día encontré a un obrero campesino tratando de leer una de estas páginas casi carbonizadas. Probablemente, no habría leído un libro en toda su vida, ¡y esto muestra lo que la quema de un libro puede hacer!

La quema de libros es simbólica. Cuando se quema un libro, lo que se hace es adoptar un modo melodramático de mostrar que se quiere destruirlo y ponerlo fuera del alcance de la razón humana. Pero la quema de un libro no destruye el libro, sino un ejemplar de él; no ahoga las ideas que el libro contiene. Ningún libro ha sido suprimido por la quema; ningún libro ha sido reducido al silencio por la censura. Los libros tienen una persistencia y una vitalidad que exceden con mucho a la de los seres humanos. Después de todo el ruido contra ellos y después de su destrucción siguen hablando como si nada hubiese sucedido. Después de la quema vuelven a decir exactamente lo mismo que decían antes.

Los libros son un refugio y un receptáculo de poder. Los libros son molinos que muelen poco y despacio, pero sin cesar. Los hombres sufren, los hombres mueren y pasan; pero el pensamiento humano englobado en la ciencia y la literatura sigue su marcha, avanzando siempre.



H. G. Wells

Bien quisiera yo que la intolerancia desfogara su maldad únicamente quemando libros. Desgraciadamente, la intolerancia no siempre se limita a quemar y a proscribir los libros, sino que persigue y actúa contra los que los escriben, contra los que los leen y contra los que los difunden, y todos éstos, como hombres, son más vulnerables que los libros.

Ahora mismo, en muchas regiones del globo, cunde una epidemia de intolerancia y toma ésta formas nuevas y abominables. Está muy bien para el excepcionalmente afortunado escritor de ideas radicales como yo hablar con valentía en Inglaterra acerca de la quema de libros; pero es cosa muy diferente para un escritor de ideas como las mías hacer lo mismo en Rusia, en Italia, en Alemania; sobre todo, en Alemania. El autor radical que es sincero en Alemania hoy día lleva una marcha muy peligrosa y aventurada. Es perseguido, abofeteado, destrozado. Es maltratado, no sólo en su persona, sino en las de sus familiares y amigos. Se verá seguramente privado de sus bienes. Puede que sea asesinado de manera odiosa y repugnante. Todos éstos son hechos indiscutibles. Son cosas probadas y patentes.

No dejemos que la monopolizadora energía de una raza particular—raza encantadora, pero afectada de nacionalismo de un modo vicioso e incurable—nos ciegue respecto a la realidad de lo que está sucediendo en Alemania. Lo que allí ocurre no es un progreso. Los judíos son los que más ruido meten; pero no son los judíos los únicos que sufren. Entra en la situación toda otra clase de elementos. Lo que pasa en Alemania parece ser, más que ninguna otra cosa, una rebelión del patán tosco, del zafio burdo, contra la civilización.

El progreso es una cosa irritante, y el hombre inculto se ha levantado al fin contra él. Para su cerebro rudimentario, el progreso es demasiada carga. Así, pues, el movimiento alemán es una revolución de la barbarie y la incultura contra el pensamiento, contra el buen juicio, contra los libros. Nadie sabe adónde conducirá.

Pero no es solamente en Alemania donde está desapareciendo la amplia tolerancia con que el presente siglo se inició. El efecto se extiende por todo el mundo. El hombre de mentalidad deficiente, inculto y brutal campea por todas partes, ostentando sus símbolos idiotas, haciendo saludos también idiotas y cometiendo crueldades imbéciles. ¿Estamos seguros en alguna parte? Yo, por mi parte, creo que no. Por mi calidad de escritor, he tenido la satisfacción de haber sido invitado a muchos banquetes de literatos. Tengo el presentimiento de que de aquí a diez años esos banquetes serán reemplazados por juntas tumultuarias para linchar literatos. Acaso me vea apaleado por sir Oswald Mosley o sometido a la disciplina de un campamento de concentrados por el bretón de pura sangre Mr. Gilbert Frankam.

Pero de una cosa estoy seguro. A la larga, el dictamen de los libros será el que gane, y el brutal anacrónico desaparecerá, vencido y deshecho. A la larga el aliento vivificador de los libros ahogará los rebuznos heroicos de estos bestiales insurgentes. Se examinará escrupulosamente hasta el último grito de Hitler; sabremos la verdad acerca de Goering y de Goebbels, respecto al bárbaro asesinato de Matteotti y a todas las sutiles complicaciones entre la incapacidad administrativa y el sabotaje en Rusia.

Para concluir, permítaseme confesar la verdad acerca de mi única aparición como quemador de libros. La infortunada víctima de mi celo fué un ejemplar, con cinco años de fecha, del "Anuario de la Bolsa".

Imprenta «LA TRIBUNA»